

25 ABR 1920

La Esfera

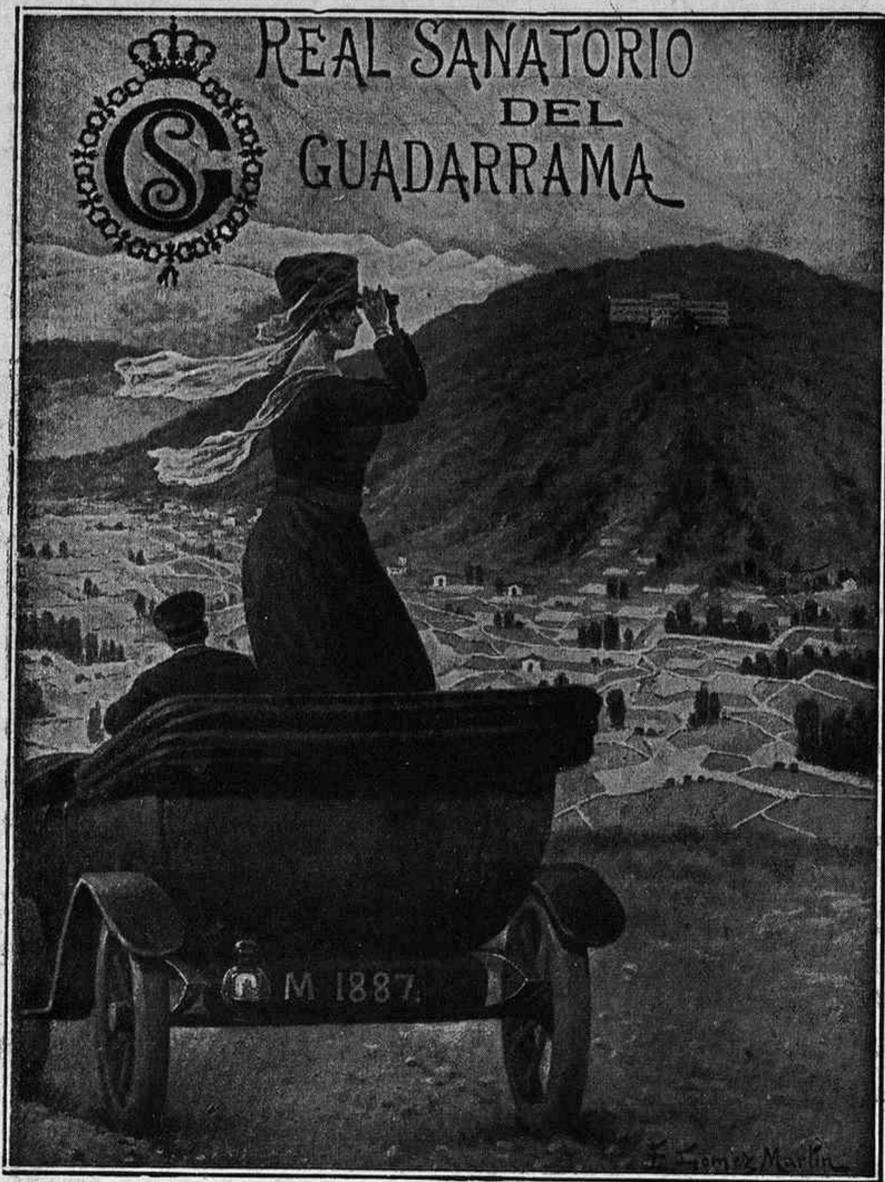


Año VII * Núm. 329

Precio: 60 cénts.



LA MODISTILLA, cuadro de Esteban Domenech



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar. - Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero. - Abierto todo el año. Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. Luis Gonzaga Martínez**, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España



PECHOS SIANAS, Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-** Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo. 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDEK, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CO-RUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lieó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Los Estómagos Inflamados

que congojan y atormentan a Vds. después de comer, casi siempre es por causa de la excesiva acidez y de la fermentación de los alimentos. La digestión normal y sin dolor se recupera tan pronto como se elimina el ácido y se evita la fermentación de la comida. Con este fin, tome media cucharadita de Magnesia Bisurada, ó tres ó cuatro pastillas de Magnesia Bisurada, con un poco de agua caliente. De este modo se neutraliza el ácido y se evita la fermentación de los alimentos rápida y seguramente, permitiendo al estómago que funcione de una manera normal y sin trastornos. Miles de personas que la han tomado saben que esto es lo único que les alivia; es decir, lo único que les permite comer cuanto quieran de aquellos manjares que les plazcan, sin temor alguno á que sobrevengan complicaciones. Su costo es sólo de 4 pesetas, cuya suma puede Vd. depositar en cualquiera buena farmacia, y si la Magnesia Bisurada no le da satisfacción se le devolverá su importe, si así lo desee.

Guía de los Ferrocarriles del Norte

Es, como siempre, interesantísima la Guía Descriptiva de los Caminos de Hierro del Norte de España, publicada en el año actual.

En un tomo de mucha comodidad por su tamaño y su volumen se encuentra todo cuanto puede interesar al viajero; no solo en lo referente á tarifas y horario de los trenes, sino también en lo relacionado con otras noticias de verdadera utilidad.

Además, las descripciones de los parajes más pintorescos de las líneas y de los pueblos y ciudades que comprenden, dan más valor á esta obra editada con profusión de mapas y grabados que facilitan mucho el conocimiento del turista, en cuyas manos debe ser un elemento indispensable de consulta esta Guía, la más completa de cuantas se publican en España tratando de los ferrocarriles del Norte.

¡Aquí está el pulimento!



Para aplicar la Cera Preparada de Johnson solamente se necesita un lienzo; no se requieren cepillos, rociadores, ni estropajos de ninguna clase. Con un ligero frotamiento se produce un lustre hermoso de gran durabilidad.

La Cera Preparada de Johnson puede ser aplicada sobre cualesquier superficie, ya fuere barniz, pulido francés ó aceite, y se obtiene un lustre duro, seco, aterciopelado, que no lo afecta el agua, polvo, rayas, pisadas ó marcas de los dedos. La

CERA PREPARADA DE JOHNSON

Líquida o en Pasta

es más que un pulimento, porque al aplicarla forma una capa delgada que protege y sirve como preservativo maravilloso.

Cera Preparada de Johnson en Polvo

Con solo rociarla sobre cualesquier piso se obtendrá luego el mejor encerado para bailar. Las tiendas de su localidad gustosamente le proporcionarán este pulidor tan satisfactorio.

S. C. JOHNSON & SON - Racine, Wis., E. U. A.

PEELE



SRTA. JOSEFINA ALVAREZ CAPRA Y LOÑO

FOT. KAULAK

Primer premio del Concurso de Belleza organizado por la "CASA PEELE"

Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretes, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud.

De venta en todas las Perfumerías,
principales Farmacias y en la



CASA PEELE, Soc. col.^a
MADRID
Carrera de San Jerónimo, 40

IMPORTADORES EXCLUSIVOS

para la ISLA DE CUBA: «LA TIJERA», MENÉNDEZ, RODRÍGUEZ Y C.^a, Ríola, 115-117, LA HABANA;
para CHILE, BOLIVIA y EL PERÚ: JUAN MESQUIDA MERCE, Casilla 2.257, SANTIAGO DE CHILE;
para las ISLAS FILIPINAS: MARTINI DRUG. C^o. INC., Plaza Mayor, 29, MANILA; **para EL BRASIL:** DANIEL ROMERO Y ROMERO, RÍO DE JANEIRO; **para MÉXICO:** CARLOS S. PRATS, Avenida Hombres Ilustres, 5, MÉXICO; **para COLOMBIA:** FEDERICO SOLER, en BARRANQUILLA.

HIPOFOSFITOS = SALUD



Una promesa cumplida: Mi primer brindis

Después de tan penosa enfermedad, he de hacerlo con este famoso Jarabe; mi salvador y mi consuelo.

Le debo también la rapidez de mi convalecencia, así como la nueva vida y el bienestar que experimento.

Indispensable en la **NEURASTENIA, ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD GENERAL, AGOTAMIENTO, etc.**

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior **HIPOFOSFITOS SALUD**, impreso en tinta roja.
En la Argentina pídase "HIPOFOSALUD"

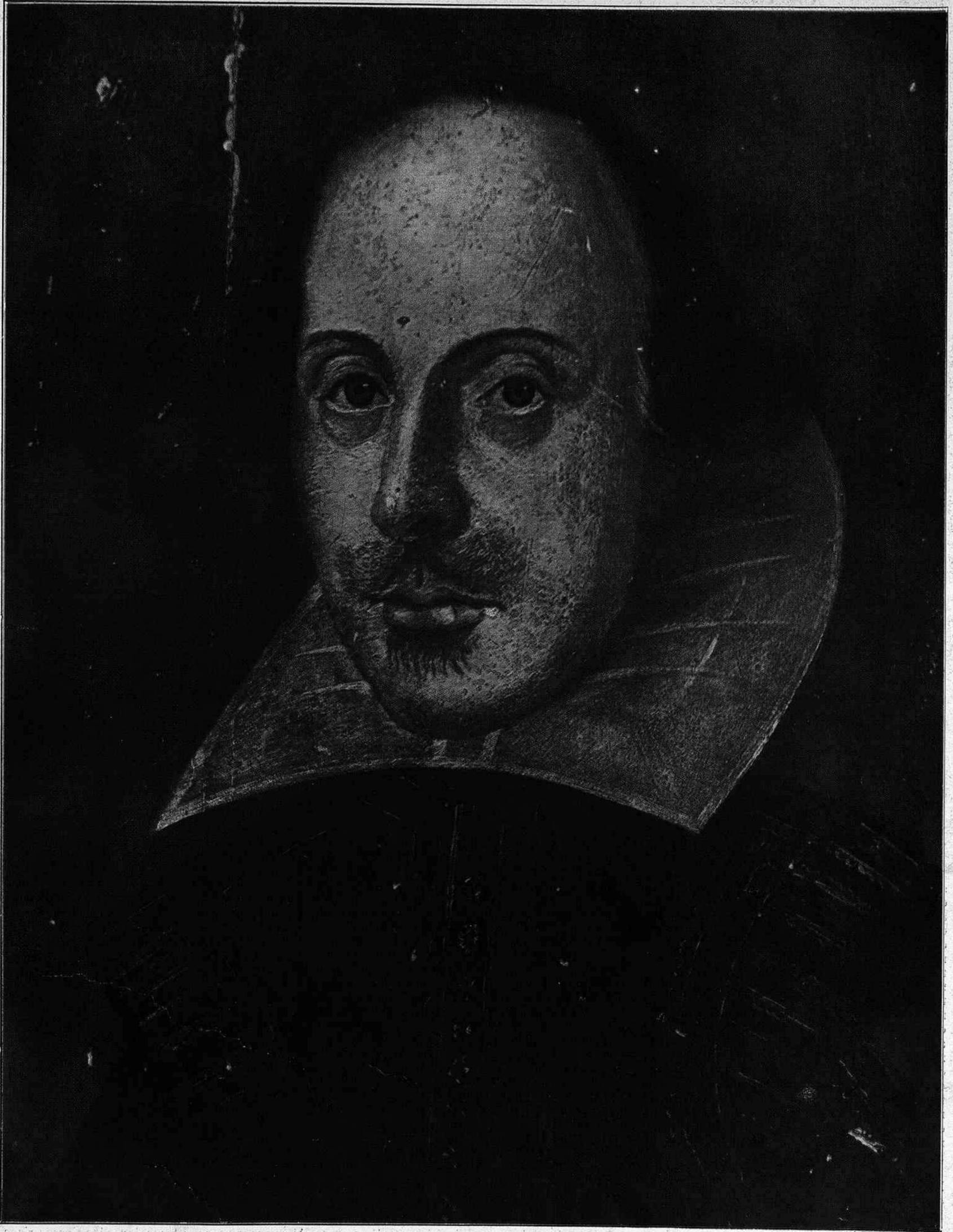
Agentes para la venta.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.^a, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Elíseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio Garela, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug Co Inc. P. Moraga, 29. Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madielo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limina, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, México.

La Esfera

Año VII.—Núm. 329

24 de Abril de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO DE WILLIAM SHAKESPEARE

DE LA VIDA
QUE PASA

LA SEMILLA EN EL YERMO



El pueblo está muy lejos del ferrocarril. Para llegar á la estación hay que recorrer no sé cuántas leguas de un camino roto en cien sitios, por el paso de un arroyo, por la blandura del terreno bajo en que se pierde como en un arénal, por los baches y por las huellas de los carros que van profundizando los relejes hasta convertirlos en trincheras. No se sabe si ese camino es más largo cara al pueblo ó cara á la estación; pero siempre es demasiado largo. Cuentan que de ello tiene la culpa el pueblo; que el trazado de la línea debía haberse hecho pasando muy cerca del lugar; pero que una testarudez de cierto alcalde con el Concejo en pleno, molestó á los ingenieros y llegó el ferrocarril á las inmediaciones de otro pueblo rival. En primavera, cuando los trigos verdean, trinan los pájaros y el aire viene cargado de efluvios, ese campo está bello como cualquiera otro. En verano, el reflejo del sol sobre las mieses da la más alta expresión de magnificencia, como si la luz hubiera dicho: «¡He aquí lo que yo puedo hacer de unos pobres terrones!» En invierno...

Si llegáis en invierno, bien á caballo, bien á lomos de un borrico trotón, veréis que antes de entrar en el pueblo salen á recibirnos los chiquillos, las gallinas y quizás algún cerdo, que levanta sus ojos de lugareño para enterarse de quiénes sois y á qué venís. La mayoría de las tapias, de adobes, están desportilladas. En algunas hay anchas grietas, por las cuales pasan no ya la luz y los lagartos, sino las gallinas y los gatos.

Dentro se ve un corralillo lleno de cascote, ni siquiera de piedras. Ya estáis en el lugar; detrás de los chicos aparecen algunas mujeres con su pelo echado hacia atrás, su moñete, su pañolón y un aire de sorpresa y hostilidad en los ojos. Y acaso salga algún vecino de blusa y boina, ó uno de esos tipos de zamarra, sombrero ancho y vara que hemos visto pasar por la calle de Toledo y por los sainetes de Ricardo de la Vega. Hay una plaza grande: las Eras. En ella se corren toros, en la feria, allá para Septiembre.

Basta con cortar la entrada de dos calles y acotar un gran trecho con carros de varales y talanqueras.

Y la gente del campo, ¿dónde está, en qué se conoce que es un pueblo de labradores? De madrugada salen al campo las mulas de labor. Al anochecer vuelven los muleros, y, en efecto, pasa por las casitas pobres de las Erillas un viento de geórgica, pero una geórgica muy miserable. Más allá de esa plaza está el camino del cementerio, y en la misma salida del luzarejo está el calvario. Al toque del *Angelus* no está mal ver, bajo las cruces de hierro, unas figuras de mujer arrebujadas en mantones negros.

Hay una iglesia, con la torre desmochada; una escuela en el Ayuntamiento, y pared por medio una cárcel; es decir, un solo calabozo, con una puerta muy recia y una reja á la que sólo se asoman los muchachos más osados, los que son de la piel del demonio. En el Concejo se habla de las elecciones, del censo, del reparto de consu-

mos, del expediente y del procesamiento. El secretario les tiene á todos metidos en un puño. Entre el alcalde y él, al que se descuida lo clavan. Acaso haya algún hidalgo que no sale de su rincón, ni siquiera para ver sus tierras, y que poco á poco va acabando de arruinarse. Hay de seguro ambiciones, codicias, guerras, y la pasión devoradora, la envidia, la que está flaca porque muerde y no come.

Pero, sobre todo, hay otra cosa: ¡Miseria!

Miseria de los pobres jornaleros, que, cuando llegan los días sin jornal, tienen que enviar á sus mujeres ó á sus hijos de puerta en puerta; miseria y hambre de los que no tienen ni renta, ni amparo, ni trabajo; miseria de los que á duras penas van avanzando hacia la próxima cosecha, con la esperanza de que sea buena y con la rabia de que se la lleve la usura. Miseria de los mismos ricachos y de los usureros, que temen gastar para no arruinarse también, y que escatiman y dan vueltas á una peseta, porque saben que el gran pecado del pobre es la prodigalidad.

Y en ese pueblo, que arrasa la lluvia y el viento, que gasta y consume y deshace la mordedura lenta de los días; y en ese pueblo, corazón de la tierra pobre, ¿sabemos de qué manera van á prender las semillas nuevas? Para ciertas semillas acaso no sean las mejores las tierras ricas y fértiles, sino el yermo.

LUIS BELLO

DIBUJO DE PENAGOS

CUENTOS DE
"LA ESFERA"

EL PREMIO



EN el campo estaban alineados los aparatos, con sus alas al sol, sus motores silenciosos y sus hélices rígidas.

—¿Y tú vienes á este curso? —preguntó Ramonón á un jovencito apocado, tímido, que miraba con ojos asombrados aquellos artefactos que había de conducir él más tarde.

—Sí, sí —contestó, sonrojándose.

—Bien; pues yo quiero ser tu padrino. Ahora mismo voy á darte el bautismo del aire—. Dijo esto de modo tan imperioso, que no admitía disculpa. De muy buena gana, Luis hubiera rechazado la invitación de aquel barbarote que, de buenas á primeras, le tuteaba sin conocerle, y le ofrecía el patrocinio de tal manera, que más que galante ofrecimiento, era una orden lo que daba; pero notó el futuro aviador las miradas burlonas de sus compañeros; comprendió la sensación de insignificancia que daba su figura, y leyó en el pensamiento de los demás, que atribuían á miedo lo que sólo era repulsión hacia aquel forzado, cuyas maneras le molestaban; por eso, y bien á su pesar, exclamó: —Le agradezco á usted la invitación; vamos allá.

—¿Qué agradezco á usted! ¡Tú por tú! Aquí todos somos iguales, todos corremos los mismos peligros, y expuestos estamos todos á hacernos papilla el día menos pensado; claro es que unos antes que otros... Y tú no vas á tardar, ¡porque tienes un aspecto de mojama!

Aquella brutalidad hizo estremecer á Luis, que ya estaba poniéndose las gafas y no atinaba á abrochárselas, así como el barbuquejo del casco, por efecto de la emoción.

Ramonón subió de un brinco al aparato. Luis le siguió azoradísimo. No acertaba á poner el pie en el estribo, y á punto estuvo de romper la tela.

Ya sentado, sus manos temblorosas no podían enganchar la hebilla del cinturón. La boca se le había reseca, y su respiración se cortaba á intervalos, bruscamente.

Cuando rugió el motor, le parecía que arrastraba en su girar vertiginoso á su corazón, que latía espantosamente desordenado.

Comenzó á rodar el aeroplano; el viento de la hélice le azotaba el rostro furiosamente. No se daba cuenta de lo que sentía.

Las hierbas corrían hacia atrás cada vez más rápidas; la tierra parecía huir. Un momento después comenzaba á descender, á hundirse, y el aire muelle sostenía las alas del aparato como por un milagro.

¡Qué cosa tan extraña! Aquel flotar producía una sensación de absoluta seguridad, desvanecía todo presentimiento de peligro. Luis reaccionaba, comenzaba á gustar el placer inefable del vuelo. ¡Oh! Aquello era superior á lo soñado. ¡Qué emoción tan grata!

Una violenta sacudida del aparato borró súbitamente aquel goce, y una segunda, más brusca, le hizo agarrarse con todas sus fuerzas al borde de la barquilla.

Desde aquel momento, Luis no pudo ya coordinar sus ideas ni definir sus sensaciones. Vió inclinarse la tierra horriblemente; el horizonte giraba dislocado; los surcos que acababa de ver bajo él se colocaban sobre su cabeza, pasaban en borrosa visión, rápidamente substituída por un azul intenso. Después daban en girar vertiginosamente de izquierda á derecha, é inmediatamente en sentido contrario, y se acercaban con espantosa celeridad; y en tanto el aparato rugía, silbaba, gemían los tensores..., iba á estrellarse; pero de nuevo volvía á ver aquel azul, ya borroso, pues su vista nublada todo lo veía turbio. Se mareaba, sentía unas angustias horribles... Cerró los ojos... Al abrirlos de nuevo, el aparato rodaba suavemente por el campo.

PENAGÓN
X X

Cuando saltó á tierra, estaba lívido; las piernas le temblaban. Una sonora carcajada de los compañeros acogió su vuelta.

—¿Qué bruto eres, Ramonón! —dijeronle al piloto.

—¿Bah! Si no he hecho nada; un *looping*, dos barrenas, un resbalón de ala... ¿Verdad, buen mozo, que no te ha causado mucha impresión?

Luis dejó escapar un ¡Vaya!, que hizo estallar en todos la risa nuevamente; después, con disimulo, fué retirándose del grupo. Ya solo, estuvo á punto de llorar. Punzabanle en el alma las bromas de sus compañeros; le dolía la dureza de aquel salvaje, que gozaba haciéndole objeto de sus brutales gracias... Unos guantes peludos, como los de un esquimal, se apoyaron en sus hombros, haciéndole estremecer.

—Ese bestia de Ramonón te ha dado un mal rato, ¿eh? ¡Dame un cigarro!

El que así hablaba era el famoso profesor Bolaños, viejo lobo del aire, maestro de todos aquellos pilotos, de casi todos los pilotos españoles.

Frisaba en los treinta años; su redonda cara de angelote, sus grandes ojos francos y bondadosos, y su aspecto de muchachote sencillo y bueno, le hacían atrayente y simpático desde el instante en que se le veía.

Abrigaba su cuerpo con un chaquetón de cuero, lleno de todas las grasas de todos los aparatos, y á manera de cinturón, sujetábalo con un

grueso bramante, que cerraba con graciosa lazada.

—¡Bueno, hombre, bueno! No te apures... Dame una cerilla. Ahora saldrás conmigo.

—¡Mire usted, la verdad...!

—¿Qué mire usted! Mira tú.

—Pues mira, la verdad, yo creo que no sirvo para esto. El vuelo que me ha dado Ramonón me lo ha hecho comprender.

—Calla, calla, no digas tonterías. ¿Qué sabes tú de estas cosas? Echa p' adelante...

El aparato se remontó rápidamente, pero con una deliciosa suavidad; el vuelo era plácido; parecía que el aeroplano se deslizaba por el aire como un cisne por el lago. ¡Qué delicia, qué poesía la del vuelo! El horizonte inmenso, las neblinas lejanas, las montañas azules, los rojos pueblos... Luis sentía renacer su ilusión; aquello era lo que él había soñado que sería volar.

—Coge los mandos —le gritó Bolaños—. ¡Sin miedo, reconcho!

Luis asió los mandos, y el maestro los abandonó, haciéndole cocos con los guantes peludos.

¡Qué dócil era el aeroplano! ¡Diríase que adivinaba el pensamiento del piloto, y que iba ejecutando los movimientos pensados por aquél. Qué cosa tan delicada, tan sencilla.

Después de un buen rato, que á Luis le pareció un instante, Bolaños volvió á coger los mandos, cortó gases, y en un descenso maravilloso, como eran todos los suyos, llegó á tierra, sin que el discípulo se diese cuenta de cuándo habíala tocado.

Un abrazo de entusiasmo y agradecimiento premió la labor del maestro.

—¿Cuánto te agradezco que me hayas quitado el mal sabor del primer vuelo! Me había quedado como una cosa agria y repulsiva en el alma; pero éste tuyo ha borrado el mal efecto. ¡Esto es volar! ¡Qué hermosura!

—Te ha gustado, ¿eh? Bien; pues entonces que nos traigan algo de comer con un poco del buen vino, y mañana continuaremos la lección.

Seis meses más tarde, Luis era un mago del aire. Su vuelo, seguro, elegante, causaba la admiración de cuantos lo veían.

Siempre que llegaban visitantes al aerodromo, Bolaños, con santo orgullo de maestro, llamaba á Luis y le decía:

—¿Anda, niño! Haz unas cuantas filigranas en el aire, y toma tierra con la hélice parada, en esta misma línea. Y cuidado, ¿eh? ¡que si no lo haces bien te doy unos azotitos!

Luis obedecía, y jamás se hizo acreedor al terrible castigo con que su profesor le amenazara.

El taciturno, el insignificante, era ya respetado por todos sus compañeros, que admiraban en él, tanto como su pericia, su modestia, virtud tan rara en estas peligrosas profesiones.

—Y he aquí, señores, las bases del concurso que me envía el Aero Club de Francia. Son dos sencillitas, pero substanciosas. Leyó:

«Primera. Podrán optar á la copa Roland los pilotos de cualquier nacionalidad, excepto la alemana.

Segunda. Será ganador el piloto que, viniendo en viaje de más de 800 kilómetros, tome tierra en el aerodromo de Le Bourget, tocando con las ruedas de su aparato en un círculo de 25 metros y quedando lo más próximo á él. El premio es 150.000 francos en metálico, y la copa que representa esta fotografía.» Y al decir esto, mostró el venerable marqués, Mecenas de la aviación española, una soberbia, que representaba la artística copa; bellísima obra de arte, con una alegoría del vuelo, y en lo alto la Victoria de Samotracia. Todos los pilotos admiraron el premio.

—Qué lástima — exclamó Ramonón al verla —. ¡Una copa tan hermosa, y ya tiene rota la cabeza de la figura!

Hubo un silencio penoso. Aquella prueba de incultura dejó turbados á los concurrentes. El marqués procuró salvar la situación, reanudando su discurso.

—Por mi parte, señores, añado á este premio un modesto regalo para el piloto español que más se aproxime al círculo á que se refiere la base segunda.

—Y yo — dijo Emma, la bellísima hija del marqués — prometo también un obsequio que sea del agrado del ganador! ¡Como á todos conozco y sé sus aficiones...!

—¡Bravo, bravo! — gritaron todos.

—¡Bravo! — repitió Ramonón —. Y como ese premio ha de ser para mí, ya sabe usted lo que quiero.

Emma no quiso darse por enterada de la malicia con que dijo Ramonón las últimas palabras, y se dirigió á Luis, que permanecía, como siempre, retraído.

—Supongo que usted tomará parte en el concurso.

Luis se puso rojo. Jamás habíase atrevido á mirar cara á cara á Emma. Producíale la radiante belleza de la marquesita un efecto deslumbrador, algo como si un enfermo de la vista mirase al sol de frente.

—Yo... — respondió Luis con timidez —. No sé... no me atrevo. Figúrese usted los pilotos que acudirán; haría el ridículo.

—Es preciso no ser tan modesto; así, nunca logrará usted lo que desea.

—¡Lo que deseo! ¡Emma! Si yo no aspiro á nada. Sé lo que valgo y lo que pueden darme.

—¡Oh, no! ¡Quién sabe lo que puede alcanzar? ¡No tiene usted ilusiones?

—Mis ilusiones son sueños; sueños que yo solo acaricio, y solo las veo desvanecer. Al despertar, me digo: ¡Qué locura has soñado?

—Entonces — dijo Emma, pensativa —, si usted ganase el premio que he ofrecido, ¿cómo me arreglaría yo para acertar con sus aficiones?; porque conozco las de todos, pero no las de usted.

—No se preocupe; desde luego, no tomaré parte en el concurso, y si la tomase, no ganaría; y aun en el improbable caso de que venciera, me bastaría saber que usted aplaude al vencedor. ¿Qué mayor premio?

Aquella sincera modestia conmovió á Emma, que quedó silenciosa breve rato.

—Mi aplauso — añadió — es bien poca cosa. Tal vez... Luis — exclamó decidida —, ¿me promete usted tomar parte en el concurso? Si usted venciera, acaso hallaríamos algo de su gusto.

ooo

Durante los días de duro entrenamiento, Luis, en la soledad del aire, que es la más absoluta soledad, soñaba como un poeta; pero al volver á tierra, despertaba de su grato sueño, diciendo: «No, no. ¡Qué tontería! Emma. ¡Imposible!»

Al día siguiente volvía á remontarse, y el zumbido del motor le producía una dulce modorra, y á su arrullo volvía á soñar el pobre enamorado. ¡Qué horas tan felices, perdido en el espacio y á solas con la imagen querida!

Ramonón, mientras tanto, hacía unos cuantos volatines, y regresaba al casino á contar sus hazañas y á perder unas pesetas. Rico y exuberante de vida, se jugaba la fortuna en el casino y la vida en el aire.

Llegó el día señalado para el concurso. Ramonón atronó el espacio con sus voces, y al partir gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «Hasta París.» Minutos más tarde, Luis subió

calladamente á su aparato. Sus compañeros le abrazaron; su mecánico, para quien el piloto era un ídolo, le hizo unas cuantas advertencias, y al verle remontarse se limpió una lágrima furtiva, que no pudo contener.

La llanura castellana se extendía severa; brillaban las cumbres del Guadarrama, marcando las convulsiones del terreno, que más allá volvía á serenarse en la tranquila placidez del llano.

Luis volaba seguro, con esa seguridad que presta la costumbre y la absoluta confianza en el motor. Rugía éste con ruido regular, y la hélice, girando vertiginosamente, se convertía en una neblina circular, que daba idealidad á su fuerza poderosa.

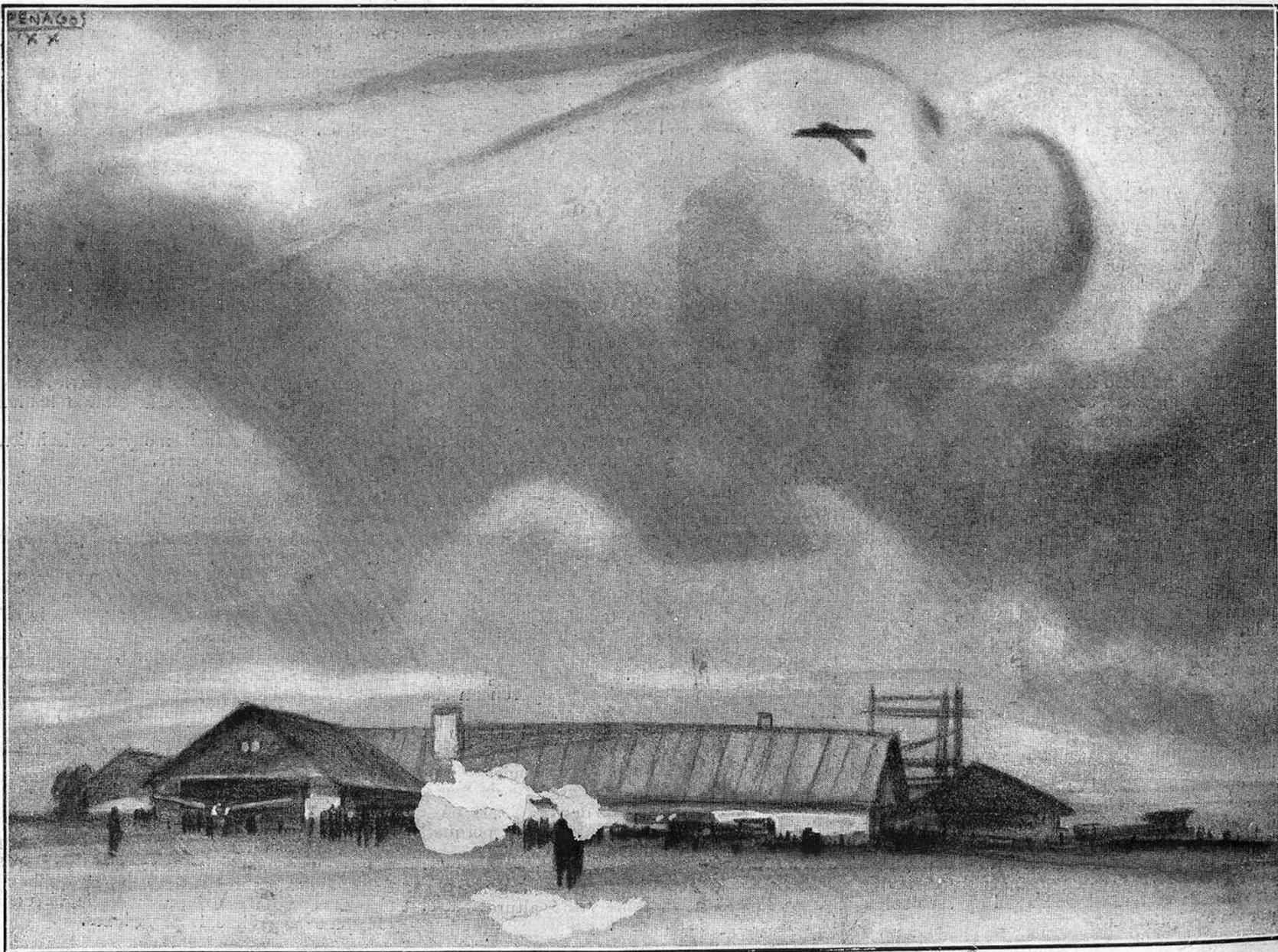
Nada más bello que navegar por los espacios estando el aire en calma, la atmósfera diáfana y el motor marchando con regularidad.

Pasaban bajo las olas los pueblos, los ríos, los bosques... Luis contemplaba el panorama é iba pronunciando los nombres de los sitios conocidos. Cerca de Aranda, y en unos terrenos labrantíos, distinguió un aparato capotado: el de Ramonón, sin duda. ¡Pobre Ramonón!

Llevaba ya dos horas de vuelo, y al cabo de ellas contemplaba la tierra como un mundo extraño, con el que nada tenía que ver. La tierra, el fondo del océano aéreo donde viven los hombres, donde se enfangan en sus pasiones, donde se ahogan con sus odios... Aquellas casas con sus innúmeros agujeritos eran las guaridas de los hombres, de los omnipotentes, de los reyes de la creación. Reía. ¡Los reyes! ¡qué ridículos! A 500 metros sobre ellos se les ve como hormiguitas; á 1.500, como puntitos; á 3.000, altura á que él se hallaba, ni parecía que existieran. ¿Cómo los vería Dios?... ¡Era curioso; el que así pensaba olvidábase de que él también era hombre!

En el horizonte, sobre el azul purísimo, percibió una larga y blanca pincelada, un mar de nubes, al que no tardó en llegar. Algo le inquietó aquel encuentro, nunca agradable para los aeronautas; pero confiado en su motor, se lanzó decidido.

Al rebasar el borde de las nubes, éstas, sirviéndole de referencia, diéronle la impresión exacta de la altura enorme á que se hallaba, y tuvo un



momento de emoción; pero ésta pasó rápidamente, ante el maravilloso espectáculo que se le ofrecía.

Movíanse las nubes en ondas fantásticas, que se esponjaban, se desgarraban y se desvanecían. Formábanse enormes volutas nimbadas de una blancura deslumbradora; rasgábanse á veces, y por entre sus jirones dejaban ver la oscura profundidad de la tierra.

Y la sombra del aparato corría, saltaba, adaptándose á la forma de las nubes, viéndola Luis avanzar con rapidez.

Sentía el mozo una alegría infantil al perseguir la sombra como si fuese una mariposa. A veces dejábala, para dirigirse hacia una nube que se elevaba gigantesca; hundióse en ella, y quedaba envuelto en un claror extraño que desaparecía al salir de nuevo á la plena luz.

Volaba tranquilo y confiado sobre aquel medio algodonoso y blando, sin acordarse para nada de que abajo estaba la tierra, á la que pertenecía. Volaba como si el aeroplano fuese una continuación de su cuerpo, como si el motor fuese un órgano más que él pudiera mover á voluntad...

Fué instantáneo y brutal. Cesó el ruido del motor; el silencio más angustioso se hizo en medio de aquella soledad aterrador. Luis quedó anonadado. El aeroplano sin el zumbido que le anima, parece que le falta la vida.

Instintivamente picó para no perder sustentación; registró todos los aparatos indicadores, y con gran ansiedad buscó un hueco en las nubes por donde ver la tierra.

Lo que vió abajo acabó de helarle la sangre. Simas profundas, crestas erizadas de agudos picachos, canchales, pedrizas, negras hondonadas. Y se acercaba rápidamente á ellas... Tocó desesperado todas las llaves; revisó todos los mandos del motor. ¡Nada! Y no podía tender el planeo para salvar aquellos montes, que eran, sin duda, los Pirineos, porque se exponía á parar la hélice, que era perder toda esperanza.

Rugía el viento de la marcha en la tela del aeroplano; silbaban los tensores; las nubes le envolvían, cegándole... Vió un negro y monstruoso peñasco, que cubrían y descubrían las nieblas en fantásticas danzas, y vió que contra él iba á estrellarse, que se acercaba con rapidez, aumentando monstruosamente de tamaño... Se sintió solo, en una angustiosa soledad, desamparado de Dios y de los hombres. El instinto le animaba á defenderse; pero al ver ante sí el horrible coloso de piedra, cerró los ojos y se entregó en brazos de la Fatalidad. La catástrofe era inevitable...

Súbito vino un recuerdo á su memoria; su mecánico habíale dicho... Buscó con ansiedad un grifo y lo abrió apresuradamente... El motor lanzó un rugido, que resonó en las concavidades de los montes, y el aparato, obedeciendo á una maniobra del piloto, dió un salto prodigioso, salvando la espantosa roca, cuyas dentadas crestas pasaron rozando las ruedas del avión.

Luis dió un grito de alegría y, aunque un poco tembloroso, volvió á guiar seguro su aparato, que ya flotaba triunfante sobre las hondas barrancadas de la vertiente opuesta.

El mar de nubes comenzaba á quebrarse en islotes, por entre los cuales podía verse un terreno que se ondulaba en decrecientes gradaciones, y más allá las landas francesas ofrecían su tranquila extensión como una serena bahía para la aeronave.

Pau, Tarbes, Orleans, y en seguida, como en un sueño, la enorme mancha de París, con la

EL OJO DE AGUA

Entre el marco de árboles que encierra tu ternura, pareces adormido, un pedazo de cielo desprendido para alegrar de la claridad la tierra.

El agua cristalina de la Sierra no es más pura que tú... ¡Nunca ha existido olvido más profundo que tu olvido contra tanta inquietud y tanta guerra!

En tu zafiro astral y transparente, humilde y niño, el corazón se siente purificado de todo su deseo...

¡Y al mirarte tan límpido y tan hondo, me parece que trémula, en el fondo de los ojos de Dios, mi imagen veo!

Prendió en su altiva frente nazarena como un turbante de ilusión la luna, y al reflejar tu rostro, la laguna purificóse en lumbres de azucena.

Un lucero engarzóse en la serena languidez de tus ojos de aceituna; duermió la barca su vaivén de cuna, y un remo, al encallar, llovió su pena.

Todo es silencio de zafiro y nieve... El cielo sobre el lago estrellas llueve... ¡Y herida por las lumbres nacarinas

que la luna romántica viela, desangran, en perfumes de canela, su rojo corazón las clavellinas!

¿Por qué tornar al mundo? ¿Por qué, hermano barquero, quieres en tu adusto empeño hacerme ver que todo ha sido un sueño, soñado en una tarde de verano?...

¿Qué me espera en la vida? El odio humano, la inquietud, la traición... ¡Ningún visueño labió sin hiel me llamará su dueño; ninguna mano estrechará mi mano!

Aquí vivo una vida que no tiene límites ni barreras, nadie viene á turbar mis románticas querellas...

¡Deja que, enamorado de los cielos, arroje en estas aguas mis anzuelos, como un demente pescador de estrellas!

F. VILLAESPESA

cinta negra del Sena, cortado por las finas líneas de sus puentes. Al Noroeste, Le Bourget, ¡el aeródromo! ¡La meta!

Sobre París distinguió ya la señal de llegada, el círculo trazado en el aeródromo. Luis sintió todo el orgullo de la raza. Se creyó grande, invencible, y con uno de esos movimientos tan frecuentes en el alma española, se jugó todo á su pericia. Cortó motor; cerró el paso de la gasolina, y la hélice quedó rígida, clavada.

París, la ciudad inmensa, se tendía á sus pies. No se entretuvo mucho en contemplarla, porque necesitaba poner toda su atención en aquel difícilísimo planeo que, á salirle mal, podía costarle incluso la vida; si se viera obligado á aterrizar en mal sitio, ó, por lo menos, á hacer un ridículo espantoso.

Abajo, en el aeródromo, ya habían llegado varios aparatos de distintas nacionalidades. No de ellos, pilotado por un as de la aviación, había quedado á quince metros del público habíale aclamado como vencedor. Se conceptuaba imposible precisar más.

Cuando apareció en el horizonte el aeroplano de Luis, el Jurado dirigió hacia él sus ojos.

—¡Español! — dijeron —. ¡Qué bien trae! De pronto, uno de los que iban á examinarle clamó:

—Se le ha parado el motor. ¡Oh, qué mala suerte!

Poco á poco se le fué distinguiendo. En efecto; la hélice no giraba.

—Una panne de motor en el momento de llegar. ¡Qué desgracia!

La multitud contemplaba con ansiedad el planeo del aparato, esperando impaciente el desenlace de aquella escena emocionante.

—El aeroplano español no llega.

—No llega, no — afirmaban los técnicos.

Fueron unos segundos angustiosos. Ya se oía el viento al rozar en la tela.

El piloto tendía el planeo ó lo acertaba, según le parecía conveniente.

—¡Llega, llega! — gritaron algunos.

En efecto; llegaba y pasaba. Luis había medido la distancia acordándose de aquellos maravillosos aterrizajes de su maestro, y apenas tenía que rectificar su cálculo. Aún se quedaba un poco largo; pero con un peligroso viraje á ras de tierra frenó el aparato, y tocando con las ruedas en el círculo, quedó á unos 10 metros de él.

La salva de aplausos con que el público premió su faena fué ensordecedora.

El Jurado se aproximó.

—¡Oh! Temimos que no llegaría usted por la parada de su motor. ¡Qué contrariedad!

Luis sonrió, diciendo con sencillez:

—El motor lo he parado yo. ¡Vean! — Y accionando la puesta en marcha, volvió á girar la hélice, con gran estupefacción de los técnicos.

ooo

—¿Lo ve usted, Luis? ¡La victoria, el triunfo, la gloria!

—La victoria, truncada como esa maravillosa figura de Samotracia. ¡La gloria efímera! ¡Si supiera usted, Emma, cuán poco aprecio esa gloria, á pesar de buscarla, como todos!

Giran nuestras almas procurando orientarse hacia ella; un momento, un rayo de su luz incide en alguna de nuestras facetas espirituales; reflejamos la gloria; los hermanos nos miran asombrados, á veces envidiosos; pero pasa el momento, se apaga el rayo luminoso, y nuestras almas siguen girando en las tinieblas.

—Es bien difícil acertar con vuestras aficiones. Yo prometí un premio al vencedor, y no hallo modo de cumplir lo prometido. Me dijisteis que vuestros sueños, vuestras ilusiones, solo las oteabais y solo las veáis perder.

—¡Mis ilusiones!... Todos los días tienden el vuelo una bandada de ellas, que poco á poco van perdiéndose en el infinito. Sólo una, al nacer el día, se remonta gozosa, con la esperanza de encontrar en las altas regiones otra ilusión hermana; pero al caer la tarde, vuelve triste y cansada, vuelve sola.

—¿Y nunca halló en su vuelo la ilusión que buscaba?

—Sí, pero muy alta; tanto, que jamás se atrevió á remontarse hasta ella.

—¿No será eso una ilusión de perspectiva? Usted que tanto vuela, se habrá fijado que cuando un aparato navega sobre el nuestro, nos parece que va muy alto, y, sin embargo, la distancia que nos separa de él suele no ser mucha. ¿Por qué atajáis el vuelo de esa vuestra ilusión? Dejad que suba, que se eleve... Así, Luis, así... Esta tarde no volverá triste y cansada; no volverá ya sola. Ya vuela junta con la ilusión hermana...

LEOPOLDO ALONSO

DIBUJOS DE PENAGOS

LOS ESPAÑOLES EN PARÍS
EL PINTOR FRANCISCO PARERA

He aquí un nombre sin eco para la actual generación de artistas españoles.

De cuando en cuando—y con más creciente frecuencia desde los años de la guerra— el hecho se repite. Pintores y escultores, alejados de la patria durante mucho tiempo, á ella retornan atraídos por la nostalgia.

Los unos, con la aureola de la reputación mundial; los otros, dispuestos á continuar en España su labor tenaz y fructífera. Y España tiene para todos la cordial acogida, el íntimo regocijo maternal.

Así acoge á Francisco Parera, el pintor casi desconocido para los españoles y que, sin embargo, ha sabido lograrse una reputación simpática y positiva en Francia y

América. Parera marchó de España hace más de treinta años. Desde entonces sus obras no figuraron en las Exposiciones nacionales, pero sí en el Salón de Artistas Franceses, de París. En París tiene su residencia habitual y por su estudio desfilan políticos, literatos, mujeres de moda, todo ese público que gusta de verse retratado en las exhibiciones artísticas.

El retrato es, realmente, la especialidad de Francisco Parera. Retratos concienzudos, bien estudiados, dibujados y contruidos á la antigua manera. Las modernas tendencias no han in-

quietado á este pintor español que, entregado á una vida plena de trabajo y de encargos, sólo se cuidaba de perfeccionar cada vez más su arte dentro de una trayectoria estética perfectamente ortodoxa.

Alternando con los retratos de gente ilustre en cualquiera de los aspectos de la sociedad francesa, Parera iba creando otras obras de carácter más libre. Cuadros de una filiación normal, de una modesta fantasía y un sano propósito. En ellos la personalidad de nuestro compatriota iba desarrollándose de un modo elocuente.

A este género pertenece por ejemplo esta figura fresca y moceril que con el título *Joven campesina*, expuso en el Salón de Artistas Franceses el año 1912. Es una página agradabilísima, donde la rusticidad del modelo y la vulgaridad del tema se realzan por la gracia de la actitud y el esmero de la técnica.

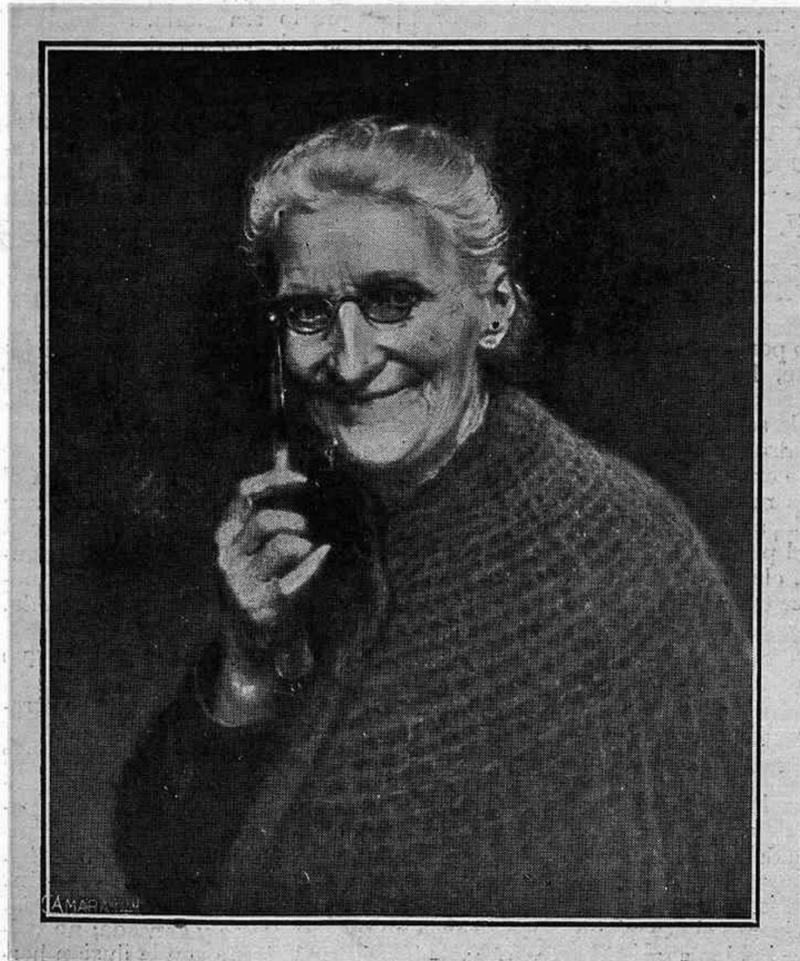
Antes y después—como ya hemos dicho—Francisco Parera exponía siempre en la misma prestigiosa Sociedad. El año 1914 un retrato de Federico Mistral, el cantor de *Mireya*, obtuvo un señalado triunfo, hasta el punto de ser adquirido para el Museo de Arlés, donde se conserva.

En la extensa iconografía mistraliana, pocas obras tienen la fuerza expresiva, el profundo carácter de este retrato firmado por Parera. En él se eterniza aquella figura arrogante y cabaleresca del bardo provenzal, con sus melenas de trovero romántico, con su perilla blanca, con sus ojos de un perdurable brillo juvenil, con aquella frente amplia donde se concibieron las obras de universal renombre: *Mireya*, *Calendal*, *Nerto*, *La Reina Juana*.

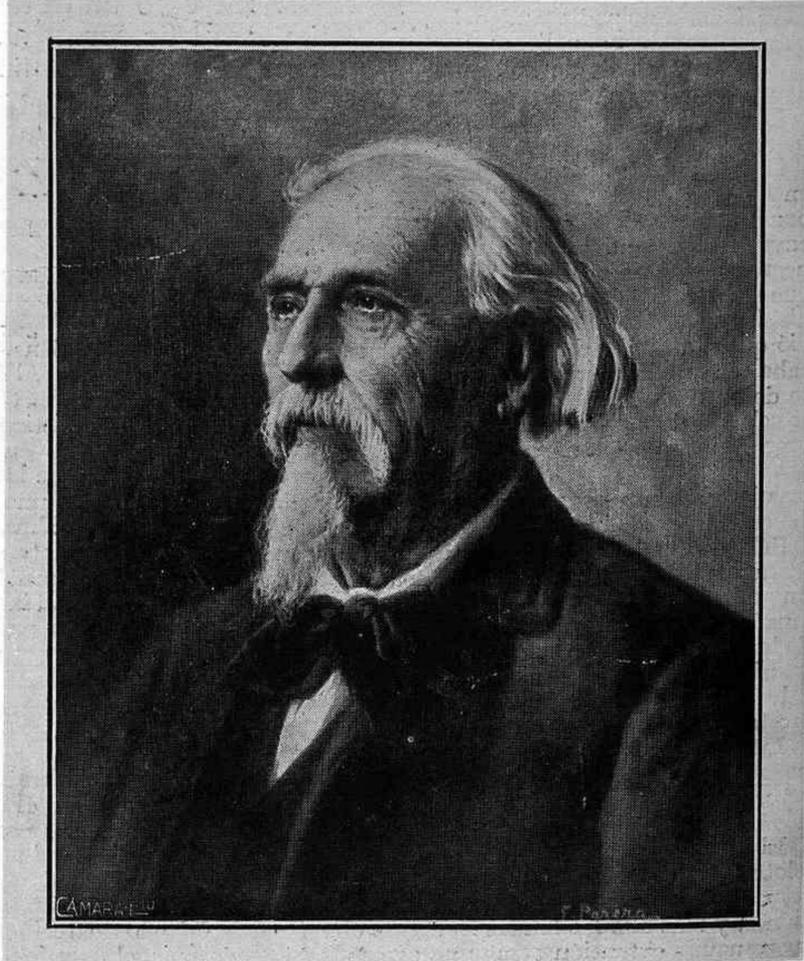
Es realmente el gran arlesiano, tal como lo era después de la consagración, hace once años, cuando se celebró el cincuentenario de *Mireya* y se erigió la estatua al poeta, en medio de unos



El ilustre pintor D. Francisco Parera en su estudio de París



"La mujer de los impertinentes"



"Federico Mistral"

(Cuadros de Francisco Parera)



"Joven campesina", cuadro de Francisco Parera

festejos, como cantos de un poema cálido á fuerza de sol. El Mistral que describió las locas farandolas en Beaucaire y Fontsegugno, que presidía las entusiastas reuniones literarias de los felibres á orillas del abuelo Ródano; el Mistral que se extinguió dulcemente en la paz geórgica de Maillane, bajo los árboles que vieron otros siglos hermanos de sencillez, en la magia donde se escribieron las primeras estrofas de *lou mas di Falabrego* (La granja de las Almezas).

No limitó Francisco Parera su producción artística á Francia. También existen obras suyas en las repúblicas Hispano-Americanas. Hizo el retrato de Sáenz Peña, el Presidente de la República Argentina. Y también de otros Presidentes del Perú, Colombia, Salvador, Honduras, Guatemala, Nicaragua y Costa Rica.

Simultáneamente otras ilustres personalidades americanas posaban ante él; y de este modo, mientras en España se le ignoraba, el prestigio

de un pintor español iba creciendo en todos los países que hablan nuestro idioma.

Francisco Parera, apenas llegado á Madrid, ya empieza á producir obras de retrato. Ese mismo mundo de «los destacados» que en París y en Buenos Aires constituía su clientela favorita, le ha acogido también en la capital de España.

Y ello tal vez hará que este viejecito simpático, de la vida colmada por un trabajo fructífero, se decida á no abandonar ya nunca su patria.

CIUDADES DE ESPAÑA

CASTELLÓN DE LA PLANA

El actual Castellón es un pueblo relativamente moderno, como pregonan el trazado de su urbanización. La primitiva «Castalia» fué una colonia griega que luego habitaron romanos y godos, distante una legua de la ciudad de nuestros días, y que estuvo emplazada «más arriba de la peña del monte de su castillo y en par de la copiosa fuente llamada de la Reina», según testimonio del cronista G. Escolano. Don Jaime I, el conquistador aragonés del siglo XIII, tomó la plaza á los musulimes, y en 1251 autorizó el traslado de la población—que verificó Ximen Pérez de Arenós—á la llanura del actual emplazamiento, denominada entonces «el palmeral de Burriana.»

Y allá, en la soledad de la sierra, quedaron olvidados los ya arrasados cimientos del *Castallo* primitivo, con la vetusta capilla de Santa María Magdalena, cobijada á la sombra de un torreón de la desmoronada fortaleza mora. Pero así como á los muertos dedicamos un día al año, visitando piadosamente el cementerio de nuestros padres, Castellón también dedica un día al año, en la *mi-carême*, para recordar y visitar en cariñosa romería el lugar de su cuna paternal, y allá va el pueblo, con sus autoridades al frente, celebrando tradicional función religiosa en la ermita de la Magdalena, y devorando luego su suculenta paella, no menos tradicional; y al declinar el día, cargados con el clásico rollo y con la «bota» vacía, en coches ó carros adornados, y á pie los más—con cañas en la mano, á guisa de báculo—, vuelven los castellonenses á su hogar, satisfechos de haber rendido un tributo á su tradición, en idéntica forma que lo hacían sus antepasados. En las afueras de la ciudad, ya de noche, se organiza la típica procesión de las Gayatas (preciosas farolas adornadas de cientos de luces, que conmemoran los gayatos y faroles que llevaban en



Rompeolas en el Grao, un día de temporal



Lago denominado «El Lluen», en el cuadro de marjales del caserío marítimo



El pinar del Grao

la mano los primitivos cristianos al trasladarse del monte al llano, cruzando los charcos de los marjales). Carros de triunfo con que los gremios representan escenas de la hermosa penitente de Mágdalo; vestas y «promesas» de devotas penitentes; músicas, pueblo y autoridades; los caballeros-clavarios del Sepulcro; «la Virgen, la Magdalena y San Juan», tres bellezas del pueblo con su ceremoniosa presentación, ensayada previamente, hasta el mecanismo, etcétera, etc., forman la comitiva que resulta típica y curiosa, extraño maridaje de alegre cabalgata y fúnebre procesión cuaresmal.

El Rey conquistador donó este pueblo al Monasterio de San Vicente de la Roqueta, de Valencia, así como Alfonso I de Valencia (III de Aragón) lo cedió después al Monasterio catalán de Poblet. Los castellonenses compraron su emancipación al abad Monacal, y ya libres con el sacrificio de 40.000 sueldos, compraron al Rey la promesa de no enajenar jamás esta villa de la Corona. Mas fué gasto inútil, ya que, faltando á

su real palabra, el Monarca vendió de nuevo el pueblo libre al Monasterio, en moneda contante y sonante, que ingresó en su ambicioso bolsillo, si bien la enérgica protesta del pueblo obligó al Rey á rectificar su mal paso.

Más tarde, Alfonso II de Valencia legó su villa al Infante D. Juan, Pedro IV, el del «punyalet», también faltó al juramento de no enajenar Castellón de la Corona, y lo cedió al conde de Trastámara y al Infante D. Martín, *el Humano*, quien en sus impulsos religiosos consiguió del Papa la cesión de la rectoría de Castellón (con sus sesenta beneficios) al Monasterio cartujo de Valldecristo. El abad de Poblet vendió la villa al Rey Juan II, y este zarandeado pueblo no tuvo mejor suerte y vasallaje que otros contemporáneos suyos, los cuales, en feudo, mudaban de señor, como suelen mudar de pastor los ganados. Claro que sus justas quejas eran acalladas á veces con reales privilegios que, con ser estimables, nunca lo son tanto como la santa libertad, que siempre fué el lema de lucha del culto pueblo de Castellón de la Plana.

Del juramento que D. Alfonso (el secundón de Jaime II) hiciera en Daroca, de no enajenar Castellón, consiguió su esposa, D.^a Leonor, la necesaria dispensa pontificia, para que este pueblo fuese donado al Infante recién nacido del segundo matrimonio real. El Príncipe D. Pedro, heredero de la Corona, se resintió del perjuicio irrogado. Los valencianos protestaron también, y esto fué el principal móvil de las Cortes celebradas en Castellón durante las Carnestolendas de 1337, memorables por ser la primera reunión en la historia patria de los tres reinos de Aragón, Cataluña y Valencia; ello aparte, no fueron más fructíferas que las Cortes actuales, en las que se habla mucho y no cuaja nada. En 1367 se reunieron en Castellón nuevas Cortes, y se cree que tampoco hicieron fuero alguno.

En todas las guerras habidas con Castilla: las de la Unión, de Germanías, de Sucesión, de Independencia y civiles, intervino este pueblo de un modo directo. La bandera de la Unión levantóla Castellón en 1348, y fué la última en rendirse al Rey D. Pedro, que necesitó para ello enviar 10.000 infantes y 600 caballos, y luego desahogaron su cólera los asaltantes cometiendo las mayores atrocidades. Partidario Castellón del conde de Urgel, en 1412, libróse en sus puertas sangrienta batalla, derrotando á las tropas del Infante D. Fernando. En 1521 se hicieron fuertes los agermanados en esta ciudad, que, asaltada por el duque de Segorbe, les persiguió hasta Oropesa, derrotándoles, y ejecutando luego aquí á Estellés y otros revolucionarios. En la guerra contra los franceses merecé recordarse el episodio del puente del Mijares, donde perdieron su vida 54 patriotas castellonenses. Y en fin: cuando la guerra de Cabrera, hizo Castellón una desesperada resistencia en 7, 8 y 9 de

Julio de 1837, impidiendo la entrada de las numerosas fuerzas sitiadoras carlistas y conquistando los honrosos títulos de *fiel, leal y constante* esta ciudad, la cual celebra, con brillantes festejos, todos los aniversarios de tan histórica fecha.

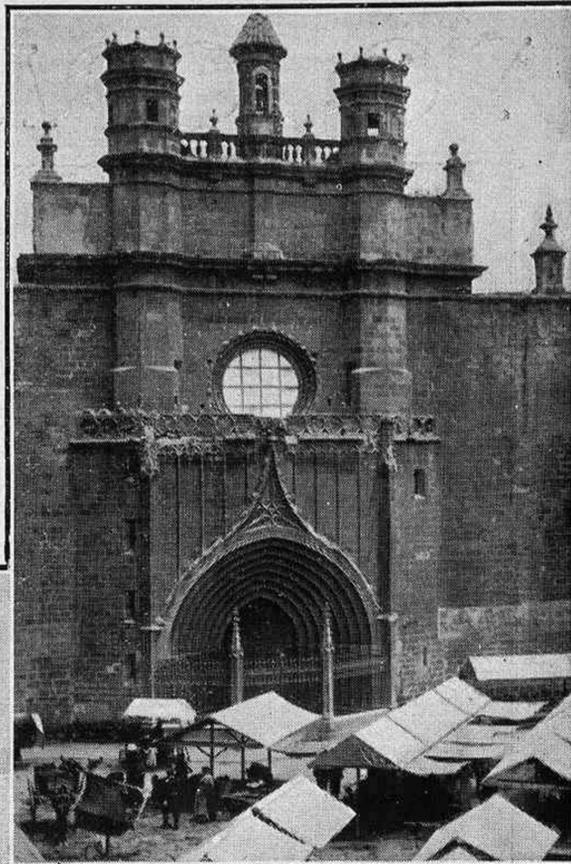
Y cierro ya el libro de su historia para visitar la ciudad del presente (1).

Castellón tiene el aspecto alegre de una ciudad moderna de 30.000 habitantes, adornada con todas las galas con que la Naturaleza y el hombre la han favorecido. Las calles son rectas, espaciosas y de piso llano; el caserío, bueno; los alrededores, pintorescos. Además de los diez barrios del casco urbano está el caserío marítimo del Grao, con su nuevo y amplio puerto. Su huerta, que se tiende desde las montañas hasta la playa, es verde alfombra tachonada de los puntos blancos de centenares de alquerías ó casas de labor ó de recreo (los típicos «maset»). Un lujo de comunicaciones de todas clases, excelente clima, buenas aguas potables, salubridad, abundante iluminación, rica agricultura, floreciente industria y gran comercio naranjero; todo, en fin, hace envidiable á esta población levantina.

Sus principales vías urbanas, son: la calle de Enmedio, con lujosísimas tiendas y cafés; la calle Mayor (asfaltada como la otra), con oficinas provinciales y varios templos. Colón, con muchos comercios también, y bien pavimentada, cruzando las anteriores calles. Castelar, con Audiencia, fondas y casinos. Plaza de la Paz, con jardín y teatro principal (lujosísimo y construido por el Ayuntamiento). Plaza del Rey Don

mención: el hospital provincial, la plaza de toros, teatro Principal, el palacio de la Diputación, el colegio de las Escuelas Pías y la cárcel del partido. Hay buenos asilos y casas de beneficencia.

Sobrepujando todos los edificios y campanarios de la capital, sobresale la esbelta torre de la ciudad, separada de la iglesia arciprestal por una calle, y cuya propiedad se disputan el clero y el Ayuntamiento, que la incluye en su inventario de bienes, con un valor de 300.000 pesetas. Es octógona-prismática, de labrada sillería, y 58 metros de elevación por 29 de perímetro. Remata en templete que cobija la pesada campana horaria, y su edificación se costeó con fondos públicos de la villa, á fines del siglo xvi. En su interior tiene cuatro cámaras superpuestas: la del reloj, la prisión de clérigos, la del campanero mayor y la sala de campanas con siete ventanales, que cuelgan ocho de ellas.



Frontispicio del templo arciprestal de Santa María

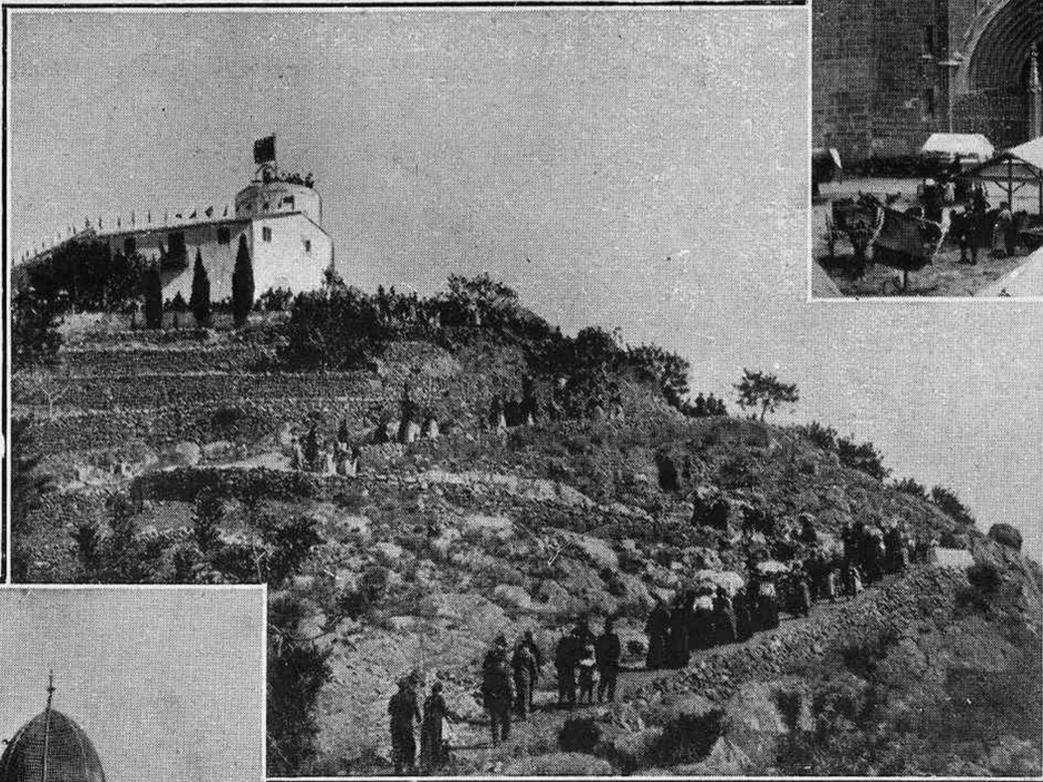
desaparecido, y hoy lo vemos sustituido por un templete bizantino de moderna construcción bajo el arco toral que, en el fondo del ábside poligonal, separa el coro, situado en una capilla de fondo, alumbrada por tres rasgados ventanales de policromadas vidrieras. Atesoran este templo objetos de gran valor artístico en orfebrería y telas bordadas para el culto, y lienzos muy estimables de Ribalta, Zurbarán, Carbó, Berretorí, Lucas de Olanda y otros pintores.

En la parroquia de la Sangre también hay algo que admirar, aunque sólo sean los cuadros de Vergara y de Ribalta (padre), y la venerada imagen del Cristo yacente ó Santo Sepulcro. La de San Miguel está en la calle de Enmedio, y luce cuadritos de Espinosa en su altar mayor. La Trinidad es un precioso templo bizantino, obra contemporánea del arquitecto provincial D. Manuel Montesinos (padre). La Sagrada Familia es otro templo también moderno, de estilo mudéjar *sui generis*, que prodiga el arquitecto municipal Sr. Ros, también con divertida decoración. Hay otros templos en la ciudad, como los de San Agustín, San Nicolás, Santa Clara, San Vicente, Carmelitas y muchos oratorios particulares.

DOCTOR CARLOS SARTHOU CARRERES

Marzo de 1920.

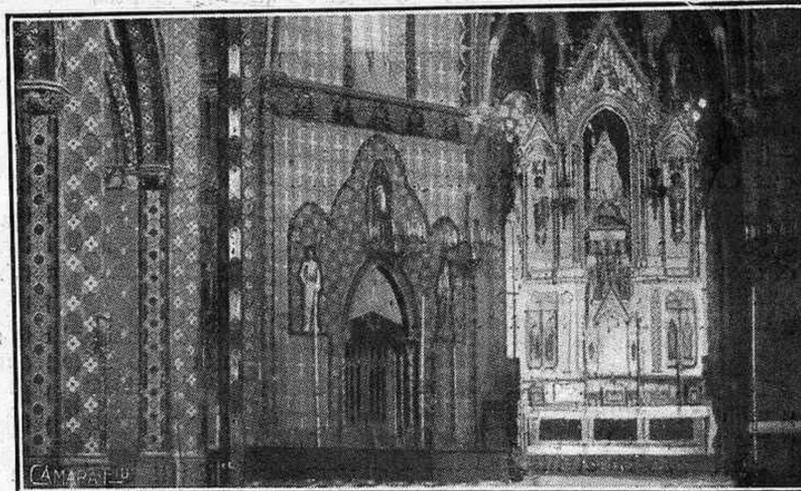
FOTOGRAFÍAS DEL MISMO



Tradicional romería á la Magdalena, lugar de las ruinas de "Castalia" ó primitivo Castellón

Templos: la arciprestal de Santa María ocupa el centro de la ciudad. Fué fundada en 1378 y consagrada en 1549. Su edificación es de piedra sillería, al estilo ojival de su época. Las dos puertas laterales son góticas, mostrándose la del Nordeste encuadrada en la característica arrabá de resabio mudéjar, con tres escudos entre ella y el arco, y una imagen de la Virgen, gótica, en el timpano, sobre ménsula, que forma un pequeño juglar. La otra puerta lateral, junto

á la capilla (más moderna) del Sacramento, es de sencilla ojiva de triple archivolta, sobre capiteles de flora. La puerta principal del templo es de muchos arcos en degradación, que no ofrecen otro interés que los capiteles historiados con escenas bíblicas y personajes evangélicos, de los que ofrezco una muestra en mis adjuntas fotografías. El remate del frontispicio es de un renacimiento avanzado, que desentona artísticamente de la base y conjunto de la obra. En 1645 tuvieron la mala ocurrencia de revocar el interior del templo con pesado disfraz de columnas salomónicas, cornisas, estatuas y adornos inspirados por la invasora fiebre churrigueresca; pero tan pesada máscara fué barrida en 1869, limpiando la severa desnudez de los seculares muros, los cuales de nuevo fueron manchados el pasado siglo xix con unas pinturas murales de muy dudoso gusto. El primitivo altar mayor, con su cuadro de J. Orient, ha



Interior del templo arciprestal de Santa María



Ermitorio de la Virgen de Lidón y patrona de la capital

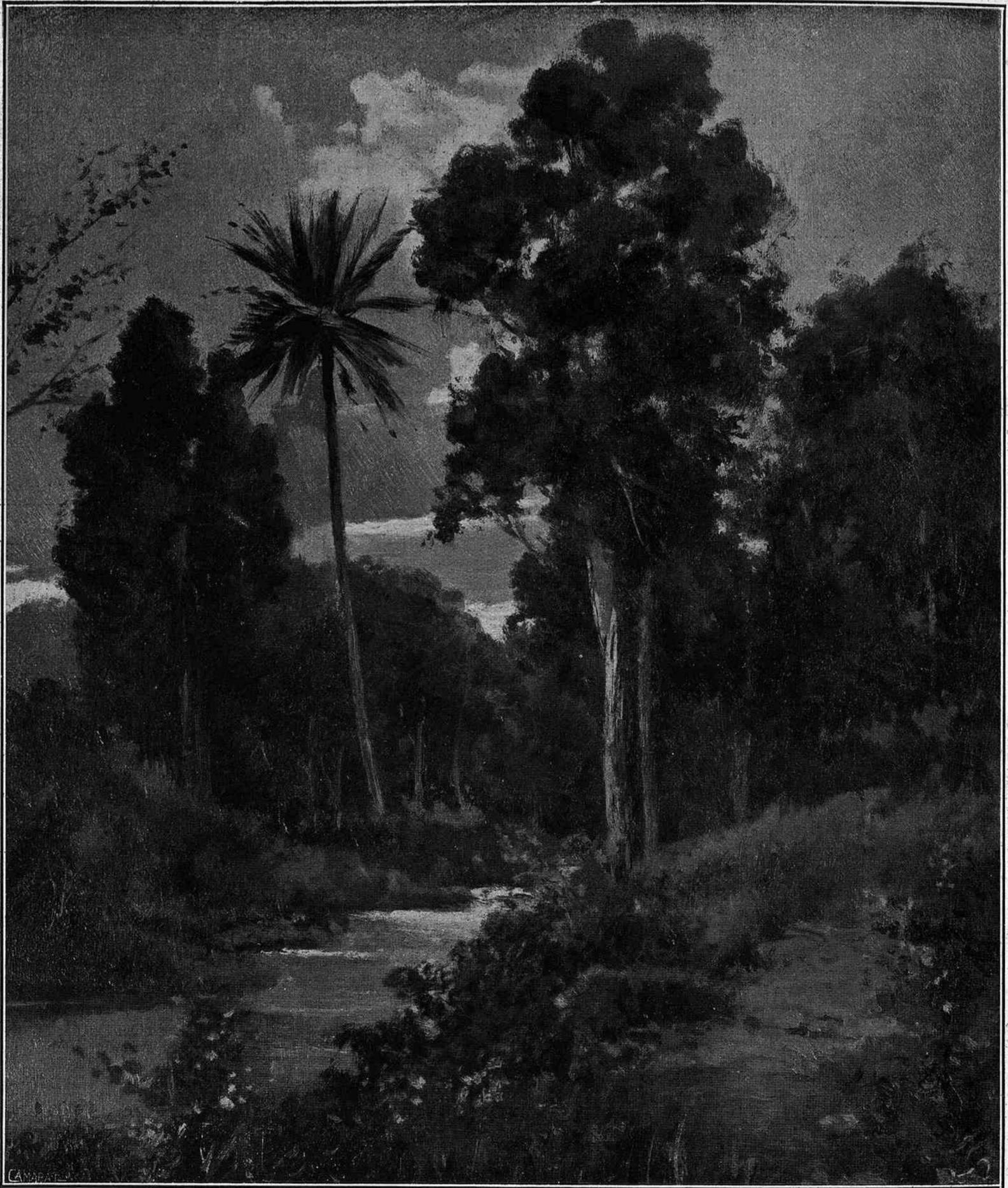
Jaime, con estatua del *Conquistador*, arbolado y capaz para la celebración de mercados semanales (los lunes) y ferias anuales. La de la Constitución, con mercado cubierto entre las fachadas de la parroquia arciprestal de Santa María, y el palacio municipal, etc., etc. Paseos, merecen visitarse el del Obelisco, con monumento á los heroicos defensores de la Libertad en Julio de 1837; el de Ribalta (célebre pintor castellonense); el de Lidón (que conduce al ermitorio de la Patrona de la ciudad); el camino del Grao, el de Morella y otros; todos con excelente arbolado.

Edificios públicos los tiene magníficos esta capital. El citado palacio municipal, de principios del siglo xviii y piedra sillería, con monumental frontispicio, recientemente revocado. En la secretaría hay un buen lienzo de Ribalta, procedente de la desaparecida ermita de San Roque, extramuros. En el despacho de los arquitectos, un precioso retablo flamenco con valiosísima y gigantesca tabla del Nacimiento de Jesús, y en el archivo, documentos muy interesantes para la historia de Castellón.

Como edificios modernos, merecen especial

(1) Miralles del Imperial, Mundina, Llistar, Balbas y otros autores, estudiaron extensamente la historia castellonense, que yo resumi en breves páginas de mi Geografía general de la provincia. Además, en el Archivo municipal se conservan curiosísimos pergaminos y manuscritos, muy recomendables al curioso lector.

YO, COMO TÚ, CIUDAD...



Yo, como tú, ciudad, tengo mi valle
y mi río también, que serpentea
—flecha de luz clavada entre espesuras—,
que es frescura y canción, trágica y fiesta.

Yo, como tú, ciudad, lanzo á los cielos
el surtidor jovial de la palmera,
sediento del azul, que le da vida,
y de la altura, que le da belleza.

Tengo mis huertecillos olorosos,
y no me falta mi "escondida senda",
y me arropo en la gracia del crepúsculo,
y me hundo en el nirvana de la siesta...

La flor y el fruto por igual comparten
la alegre conclusión de mis cosechas,

y dentro de mi noche arde el cocuyo,
y la cigarra en mis sembrados tiembla.

¡Gestación y lirismo! Arado y lípa,
el ocio, hermano de la diligencia;
las canturias repletas de simiente,
¡y los surcos henchidos de quimera!

¡La suavidad del valle, que desciende,
y la altivez del monte, que se eleva!
¡La fronda, que me oculta ó me engaña,
y el agua, que me arrolla ó me serena!

En ti, ciudad, se pierde el extraniero,
y en mí se descarría la experiencia;
y siendo por demás hospitalarios,
el laberinto en nuestra entraña acecha.

¡Callejuelas torcidas, que se esfuman!
¡Anchas rúas hidalgamente rectas!
¡Energicijada súbita, que aturde!
¡Callejón sin salida, que condena!

Dentro de mí me extravié á menudo,
invadido de dudas y conciencias,
y hasta llegué á sentirme tan extraño,
que juzgué advenediza mi tristeza,

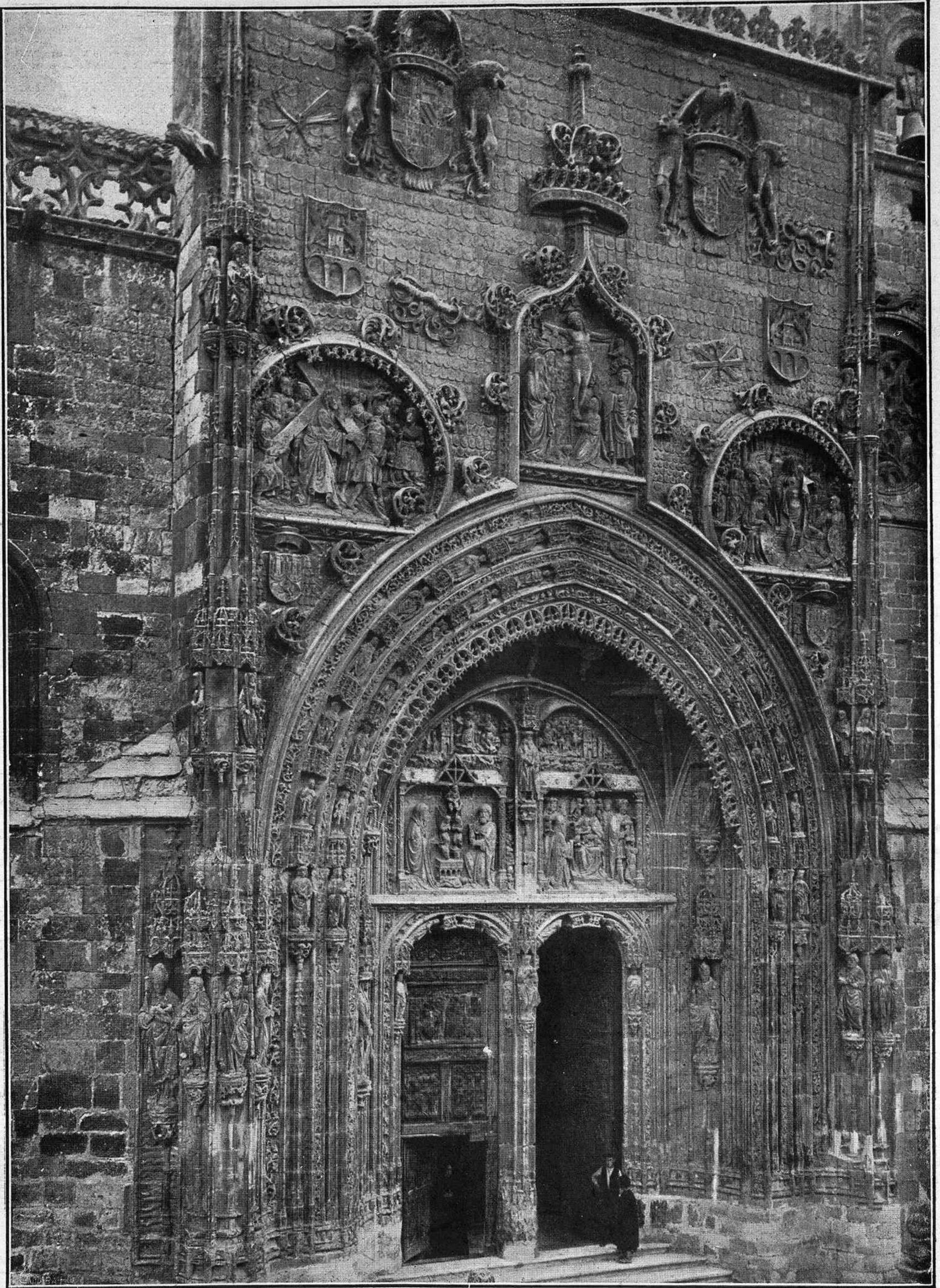
y aun hoy mismo, ciudad que ya conosco,
hoy mismo, corazón que ya te orientas,
¡me ofrecéis el tesoro de que explore
y me hacéis la merced de que me pierda!

E. RAMÍREZ ANGEL

Caracas, 1919.
Legación de Cuba.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

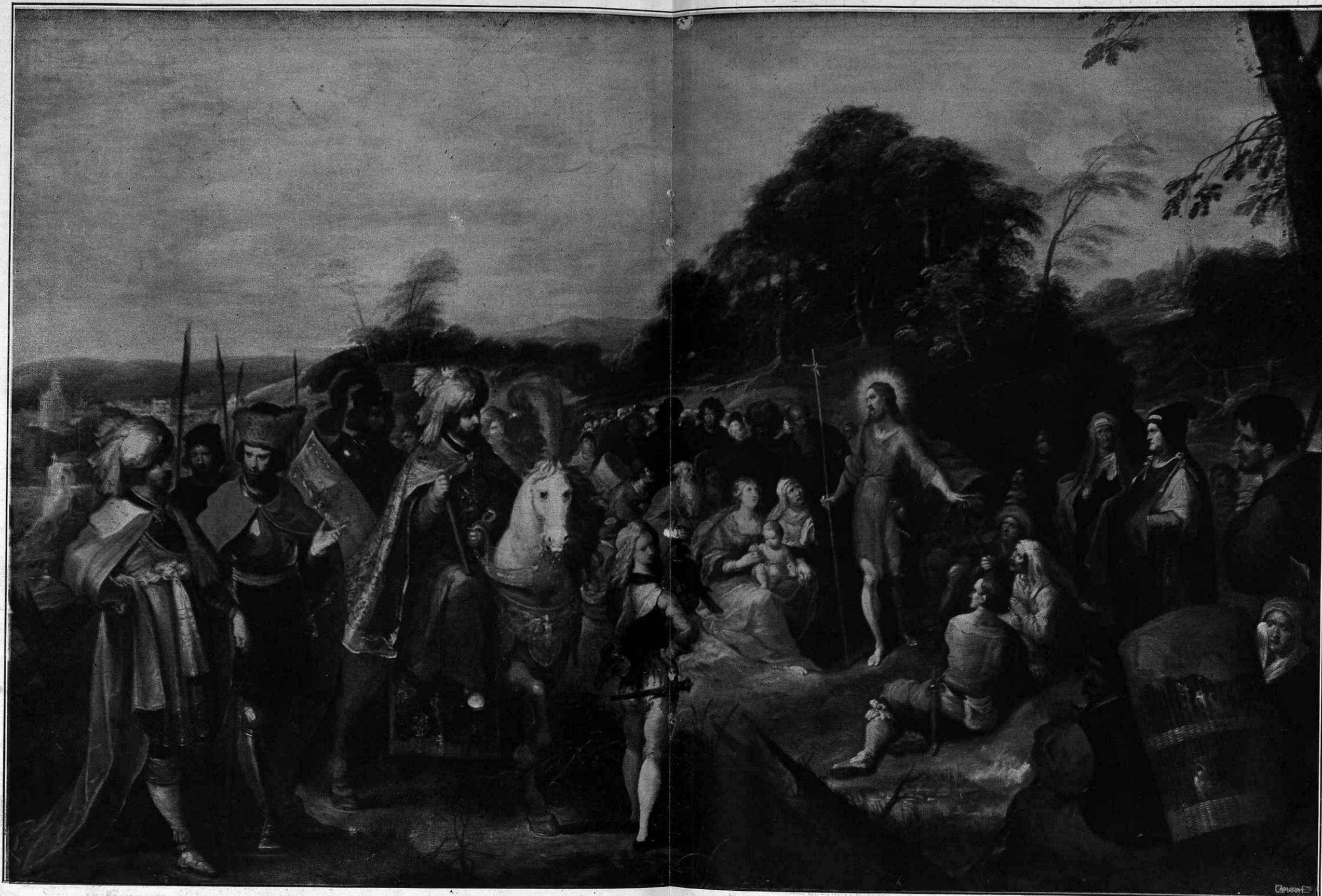
MONUMENTOS ESPAÑOLES



Magnífica fachada de la iglesia de Santa María, de Aranda de Duero

FOT. HIELSCHER

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LA PREDICACIÓN DE SAN JUAN

Cuadro de Frans Franck, que se conserva en el Museo del Prado

CARTAS DE LISBOA
MADRID-DELICIAS • LISBOA-ROCÍO



La clásica plaza de Don Pedro IV, popularmente llamada Rocío, centro de la animación y vida de Lisboa

He creído siempre que una compenetración perfecta entre España y Portugal sería la condición básica para una aproximación de los dos países, tan distanciados en lo político como próximos en lo geográfico; tan cercanos en el temperamento, en las costumbres y en el idioma, como alejados en lo intelectual. Nada hay más suicida ni más ilógico para el país español que su alejamiento de Portugal, que nos mantiene á unos y á otros en actitud hostil y defensiva. Diríase que de tanto como nos hemos querido, fingimos una aparente indiferencia y hasta un aborrecimiento, que semeja los artificios de esos novios que, habiéndose amado locamente, se llegan á separar, y luego procuran no verse jamás, porque á la primera entrevista estallarían el cariño y rompería á hablar la pasión...

Desdeñamos Portugal y no lo visitamos; situación de ánimo tan opuesta á la de algunos ingenios portugueses, de temperamento susceptible y patriotismo quisquilloso, que piensa que *Castella* toda pasa el día forjando hazañas bélicas y planes de invasión y de campaña para conquistar Portugal.

Ni tal actitud extremosa corresponde, ni es de desear corresponda á sector alguno del país español—más que á la personal fanfarronería de cuatro insensatos ó irresponsables—; pero *si licet*, si se me permitiera decir esto en son de paradoja por una vez á tan declarado y probado lusitanófilo como yo soy, habría de decir que casi sería de desear algo de esa extrema *tessitura* de España frente á Portugal, porque acusaría al menos interés por la nación hermana... Pero el hecho es que no hay interés alguno, sino más bien—y sabe Dios cuánto me duele el decirlo—menosprecio, indiferencia, desdén y desconocimiento del país hermano. Estando mucho más lejos topográficamente, puede decirse que está más cerca de nosotros *Paris-Quai d'Orsay* que *Lisboa-Rocío*.

Con todo, aún somos muchos los españoles

que creemos que Portugal debe interesarnos más que ningún otro país del mundo, ya que es el país con el cual tenemos más afinidades. ¿Qué digo afinidades? Hermandades tales de raza y de alma, que Portugal es como una prolongación de España y como su natural complemento, en lo geográfico, en lo orográfico, en lo hidrográfico—pese á los razonamientos doctos y sutiles que oí hace pocas noches en la *Academia das Sciencias* al erudito y un poco paradoxal geólogo portugués Dr. Silva Telles.

Si en lo político no existe esa *unión hipostática* que existir debiera y que apeteceríamos para ambos países, culpa fué de la horrenda política y de los intereses dinásticos, que envenenaron á la gran familia peninsular. Nosotros podemos decir, corrigiendo un poco al poeta:

Culpa fué de la Historia, no de España...

Al menos estemos dispuestos á protestar individualmente de este general olvido é indiferencia; por mi parte, yo estoy decidido á purgar la culpa colectiva con el *confiteor* personal... Una peregrinación anual á Portugal debiera ser obligatoria para todo español bien nacido. Aquel clamor dulce que se exhala de un verso del Romancero galaico-portugués repercute en mí:

Oh, quem fora á Portugal,
terra que Deus bendizia...

□□□

El viaje es, por otra parte, deleitoso. Recórrase primero esa hórrida Extremadura que, á pesar de su aridez esteparia, ha dado tantos héroes y caudillos á la Patria...

Apenas se atraviesa la frontera y se cruza ante dos estaciones, de Marvão á Castello de Vide, después de unas tierras ásperas en que las notas dominantes son los bloques graníticos, la decoración cambia totalmente y se inicia el amable, lindo y mimoso paisaje lusitano...

Es primero Casiello de Vide, con sus pomaradas frescas y sus praderas risueñas; es luego

Abrantes, la ciudad que inmortalizó al mariscal Junot, con su esbelto y largo puente sobre el río manso y arenoso... Una estrofa del Romancero galaico-portugués nos canta en la memoria aquella tan emotiva y *saudosa* que dice:

Yá vejo terras d'Hespanha,
areias de Portugal...

Sí; ya se ven las arenas de Portugal, las arenas doradas del Tajo caudaloso, cantado por tantos poetas peninsulares...

Cruzamos luego las tierras donde florecen el naranjo y el limonero, las tierras que soñó Mignon; una risueña vendedora, *meiga* y cantarina en su hablar, nos vende naranjas en la estación de Abrantes. Cruzamos luego ante Framagal, con su nidal de casitas blancas tendidas sobre un valle fértil... Luego admiramos el castillo de Almonrol, construido por el gran maestre de los Templarios Gualdim Pães, en el siglo XII—un castillo romántico de decoración de teatro, un castillo que recuerda tanto el castillo de Soto del Barco, en la desembocadura del Nalón, en Asturias, también enclavado sobre una roca, dominando el río manso y claro...—Es, sobre todo, como deslumbramiento del camino, la visión de la pintoresca villa de Constança, uno de los más lindos rincones del mundo...

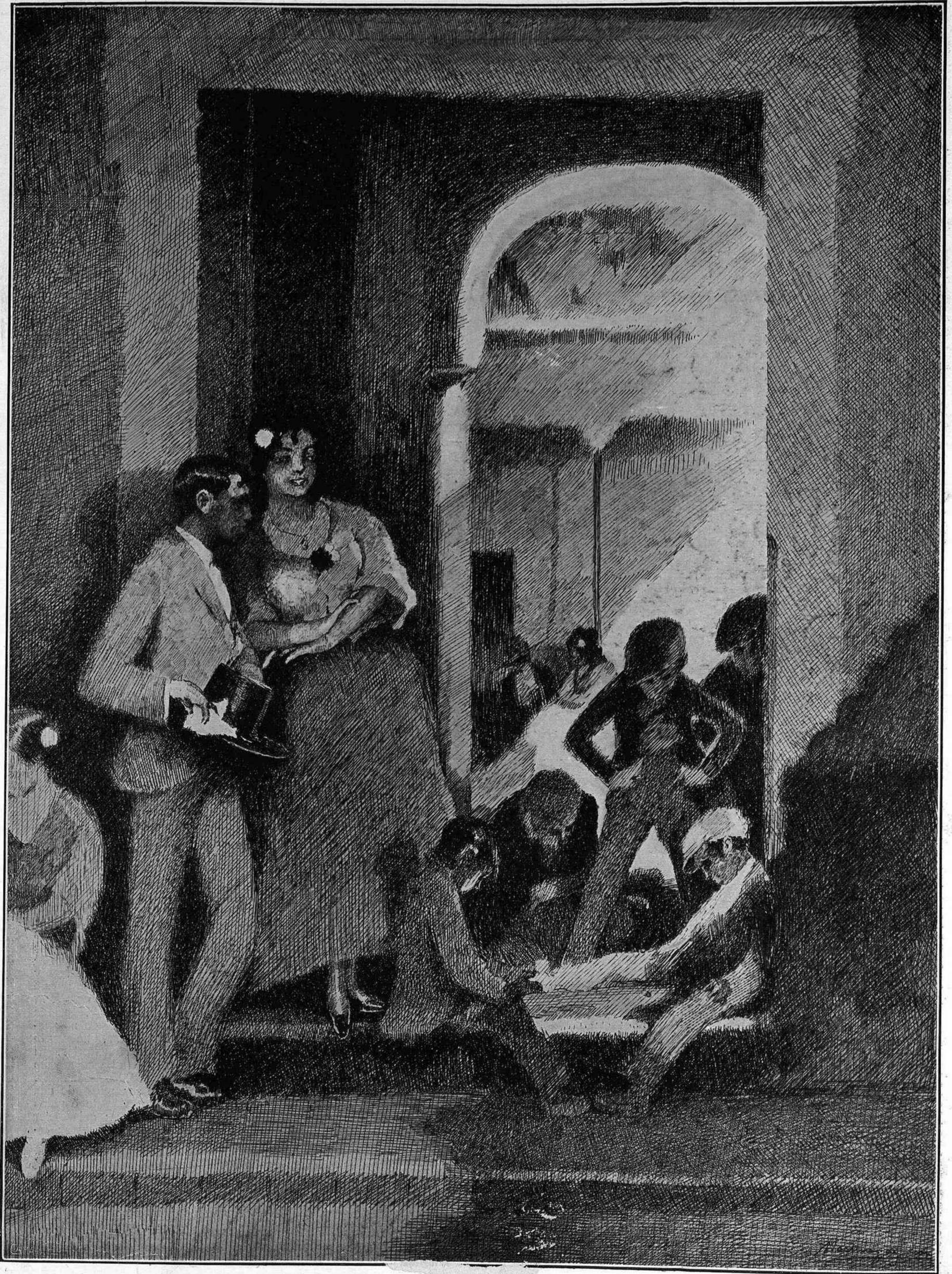
La llegada á Lisboa es la llegada á una ciudad de encantamiento... La ciudad está más tranquila y regocijada de lo que en España se supone... La enorme plaza de Don Pedro IV, el Rocío encantador, está bullente de animación y de gentío; la benignidad y dulzura deliciosa del clima permiten á las gentes hacer vida de café; animadas tertulias, en que los hombres charlan, vociferan y meridionalmente gesticulan, pueblan las aceras; el *lisboeta* desconoce el encanto del hogar y hace su vida en la calle... Política, mujeres, teatros: temas nunca fatigantes para estas tertulias de acera de café del Rocío...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Lisboa, 1920.

LA ESFERA

ANDALUCÍA PINTORESCA



PELANDO LA PAVA, dibujo original de Martínez de León

LAS NUEVAS ARTES
DEL HOGAR

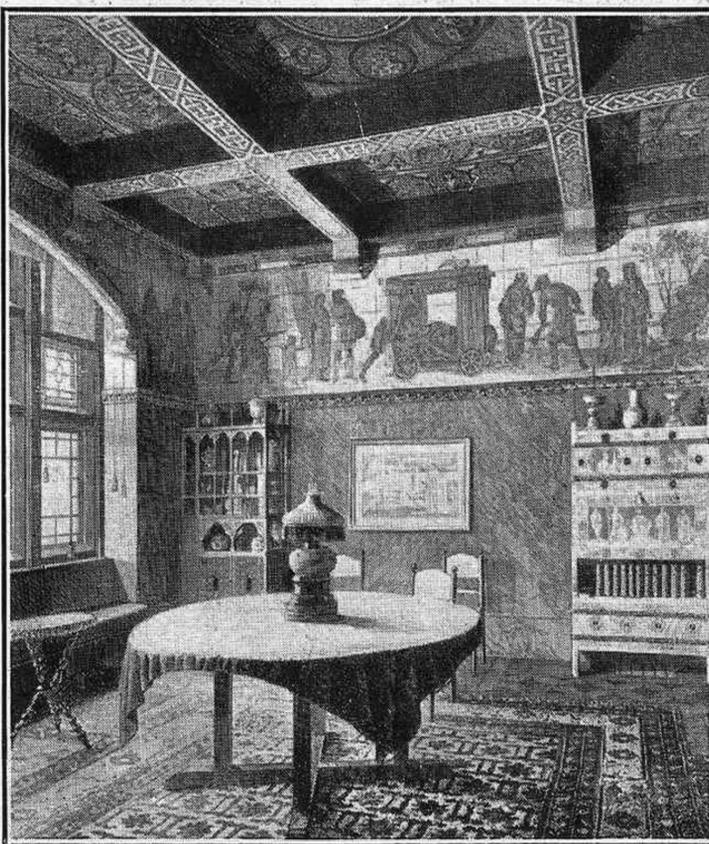
LAS BELLEZAS DE LA TRADICIÓN



Gabinete de trabajo de un hotel burgués londinense

DIJÉRASE que la Edad presente quiere ser heredera de cuanto ha hecho la Humanidad. El pasado siglo, deslumbrado por los oropeles de la democracia, cayó en los más nefandos abismos de vulgaridad. Por otra parte, la industrialización, que al cabo es una derivación de la democracia, como el positivismo en filosofía y el naturalismo en literatura, arrebató a la vida todas sus originalidades. El instinto humano, más aún que el entendimiento, incita al hombre a poner en cuanto hace el sello de su personalidad. En plena barbarie, no es igual la cabaña del beduino que la choza del lapón, que la cueva del troglodita prehistórico. Cada hombre refleja en sus obras todas las modalidades de su espíritu. Sólo la democracia y el industrialismo quisieron y lograron hacer de la Humanidad un rebaño gregario, cuyas necesidades se satisfacían por igual, sin poner un poco de belleza, de espiritualidad y de gracia en las cosas y en los objetos que se producían para el servicio del hombre.

Contra esta invasión de vulgaridad se produce en el mundo entero una intensa reacción. La democracia ha igualado nuestras ciudades, nuestras casas, nuestros muebles, nuestros trajes, las mismas telas, gasas, encajes y tules de nuestras mujeres... La moda, esa iniquidad llamada la moda, engendrada en los centros industriales de Francia, no



Comedor de una casa inglesa

es más que el viajante de comercio que nos trae y nos impone, con la más inicua tiranía, los tejidos y los utensilios fabricados mecánicamente por kilómetros y por centenas. Así, en cada clase social, los hogares eran iguales unos a otros; la democracia y el industrialismo nos hacían vivir en un inmenso falansterio. No sólo nuestro sastre vestía a todos sus clientes en serie, como los reclutas de un mismo cuartel, sino que en cada barrio eran iguales las camas de cada vecino y sus armarios de luna y sus tocadores y sus sillas y sus mesas de comedor ó de despacho ó de costura...

Contra esta vulgaridad reacciona nuestra época. El colectivismo no puede referirse a estas cosas, que son la sal de la vida, ni reglamentarlas. El operario, el obrero que el sindicalismo y el socialismo quieren desindividualizar, está cansado ya de ser pieza de una máquina, eje, émbolo, volante ó polea de un mecanismo sin alma; quiere ser artista; quiere dejar la huella de su espíritu en cuanto produce.

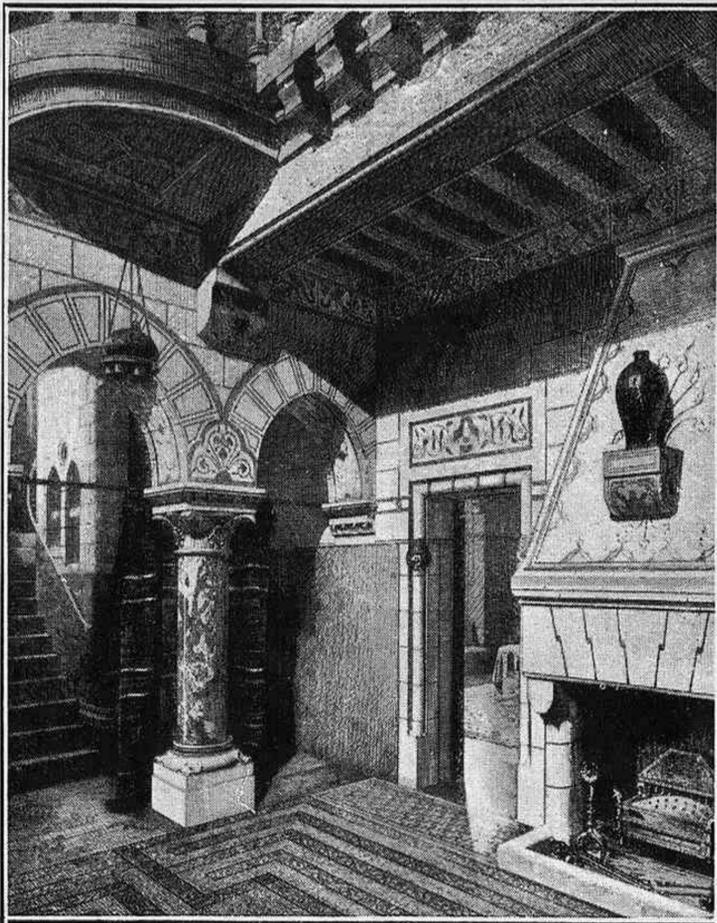
Como del fondo de la Historia surge la nueva generación de alfareros, de alarifes, de repujadores, de cinceladores, de imagineros, de cuchilleros, de ebanistas, de forjadores... Frente a Mercurio, alza la cabeza Minerva, clamando que vuelve a la Tierra el dominio del espíritu, de la gracia, de la belleza, del arte, de la originalidad y la peculiaridad.

CAMARATA

Ese movimiento era lógico que se reflejase en el hogar, antes que en ninguna otra manifestación de la vida. No ya cada raza, sino cada hombre, tiene una visión distinta del refugio que quiere poseer para descansar del trabajo mundano y de la dura y amarga lucha social. Basta al humilde un nido, desde el que la mirada pueda espaciarse en un trozo de cielo; necesita el soberbio altos muros y amplios salones que fundan en los demás nacidos la idea de su superioridad y su grandeza.

Al mismo tiempo, la arquitectura y la ebanistería, espoleadas por este sentimiento humano, han advertido que su mayor originalidad estaría en volver la vista atrás, en reconstruir cuanto hicieron las generaciones pasadas, en hacer una revisión de todo lo bello y todo lo útil que las ciegas mudanzas de la moda hizo olvidar. Pero, además, adviértase la importancia de una rectificación de concepto. No hay para el servicio del hogar una bella arte, fundamental, como la arquitectura, y artes inferiores auxiliares y decorativas, como la ebanistería, el tallado, el repujado, la cerámica, el tejido. Hay un solo arte: el arte del hogar, al que sirven la arquitectura, la pintura y la escultura del mismo modo, con la misma espiritualidad, con el mismo encanto que la moblería ó el bordado, la forja ó la cerámica ó la alfarería...

En estas hermosas resurrecciones del pasado, que son el orgullo de los pueblos nuevos, el arquitecto no se limita á trazar el edificio y á dibujar los contor-



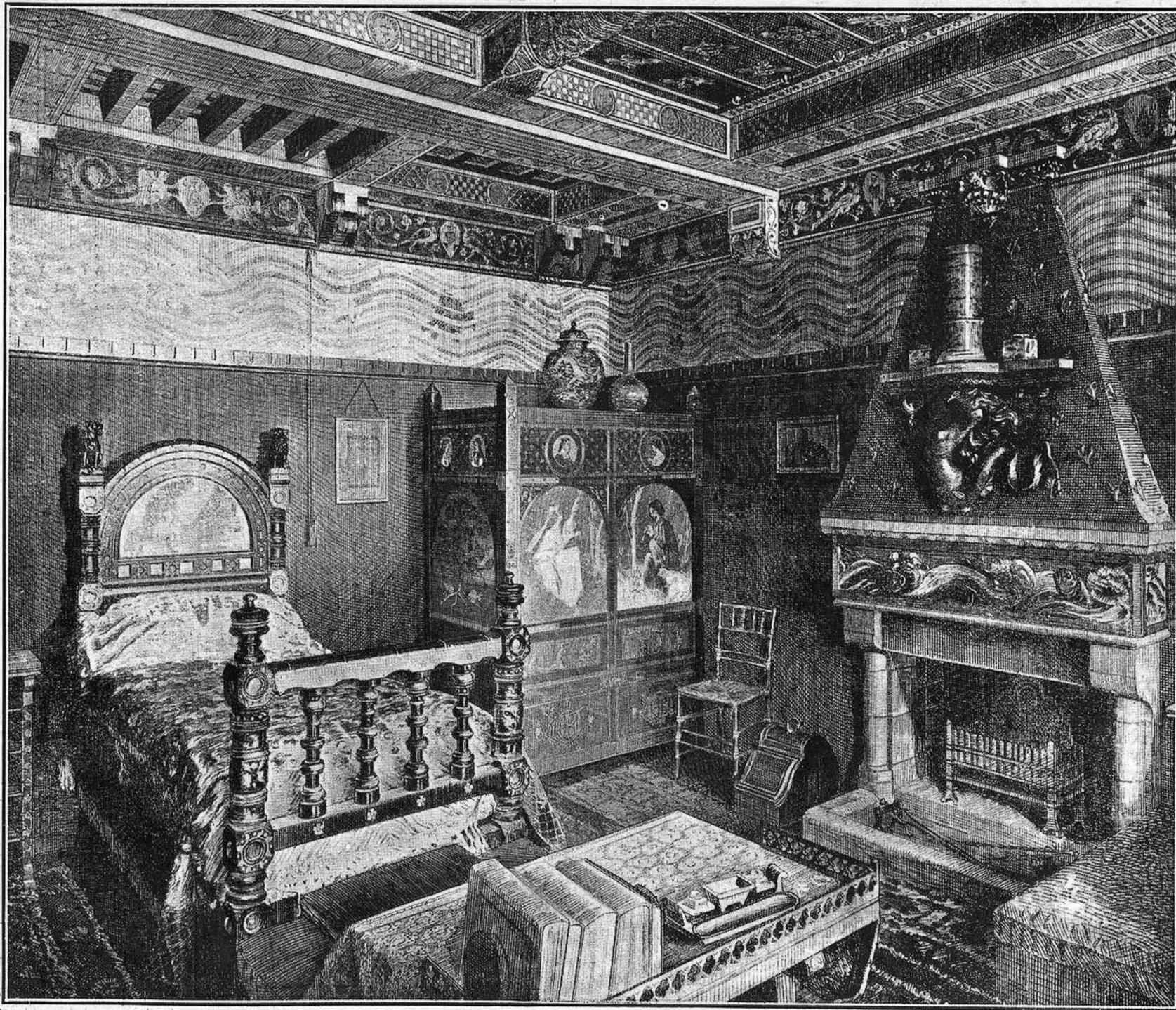
Vestíbulo de una casa burguesa, en Londres

nos; imagina los muebles y los hierros, los tapices y las cristalerías. Así no se habla más de artes industriales ni de industrias artísticas, sino de vida nueva. Infundamos en las generaciones nuevas esta idea: «Qué tu casa se parezca á ti.» Y habrá surgido el arte nuevo; un arte para cada raza, para cada nacionalidad, para cada pueblo. Habremos ahuyentado la monotonía de sobre la haz de la tierra.

Imaginamos todo esto, contemplando los dibujos de interiores de un hotel burgués en Londres. Ciertamente se ama más el hogar en los países fríos que en los países cálidos. Un *hall* norteno necesita refinamientos y exquisiteces que no hacen falta en el patio andaluz, cuya gracia suprema está en la luz que viene del cielo, en el agua que parpadea en la taza de la fuente mora y en las flores que nacen en los arriates. Pero aun así, en toda España puede hacerse una resurrección de mobiliario, de herrajes, de cueros, de cristales, de vajillas, de tallas, de tejidos característicamente regionales. No son estos trabajos artes inferiores, sino bellas artes tan completas como las que los clásicos consideraban campanudamente únicas inspiradas por las musas apolíneas.

Así, hoy ante la espléndida belleza de esas habitaciones del hotel londinense, el foliculario se rinde y exclama: «¡Señores ebanistas: pueden ustedes pasar al Olimpo y al Parnaso y al templo de Minerva!»

AMADEO DE CASTRO



Dormitorio de un hotel particular, en Londres

:-: RUTAS :-:
DE ESPAÑA

HUESCA, CIUDAD VETUSTA



Fachaja gótica de la Catedral de Huesca

UNA de las más considerables riquezas artísticas de nuestro solar hispánico es el tesoro venerable de las viejas ciudades, solares de casta. Acaso ningún otro pueblo pueda sobrepujar, si á competir pusiéramoslo, ese tesoro innumerable de nuestras ciudades de vetusto caserío, con sus centenarias iglesias, sus milenarios monumentos, y todo cuanto en sus recintos forma el venero de nuestra vieja herencia de raza.

El principal atractivo de nuestras viejas ciudades está, sin duda, más que en sus centenarias piedras y en sus antiquísimos recintos, en el espíritu de sus moradores, que, al correr de las centurias, siguen aún como eran en los remotos días de levantinos mayorazgos y altivos castellanos, que al Rey mismo igualaban en valor, en nobleza y poderío.

En nuestras antañonas ciudades, nidales de raza, el espíritu y aun las costumbres se perpetúan como la Historia y la leyenda nos dicen que eran en tiempos de Alonso el Batallador, de Ramiro el Monje, de Pedro el Ceremonioso... Y este secreto de perpetuación no es solamente por razón de espíritu, por carácter de raza; es también por manda-

to de la tierra: es el alma del paisaje y del ambiente; el corazón, todo leyenda noble y altiva, y la Historia, toda glorioso sacrificio, del terruño. Ninguna otra raza tiene más profundamente arraigado el amor á su patria chica, el cariño á su tierra nativa, á la casa, solar de los suyos.

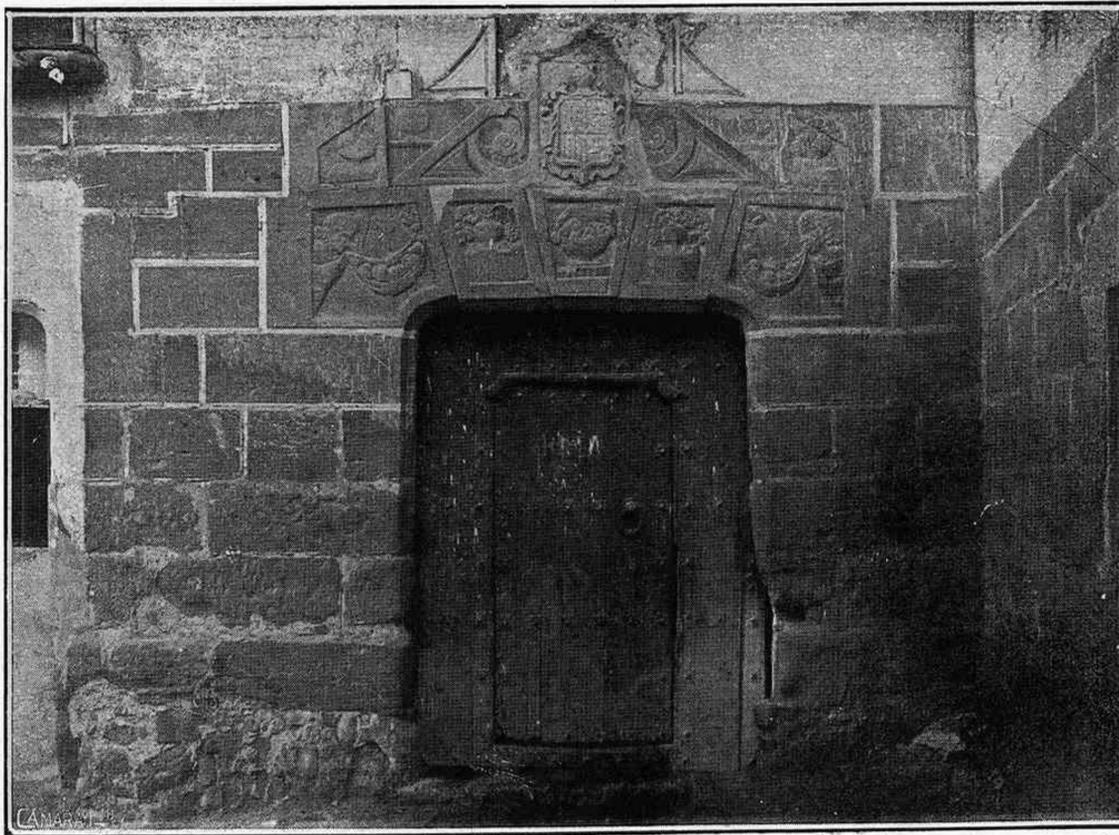
Esto es lo que más resalta á los ojos de cual-

quier visitante extraño, del turista que acude curioso á evocar ante las carcomidas y musgosas fábricas centenarias el alma grande y fuerte de las pretéritas edades. Nuestras ciudades antañonas, nuestros monumentos y casas solariegas conservan hoy, sobre el artístico valor de su estilo y antigüedad, el secreto sorprendente de

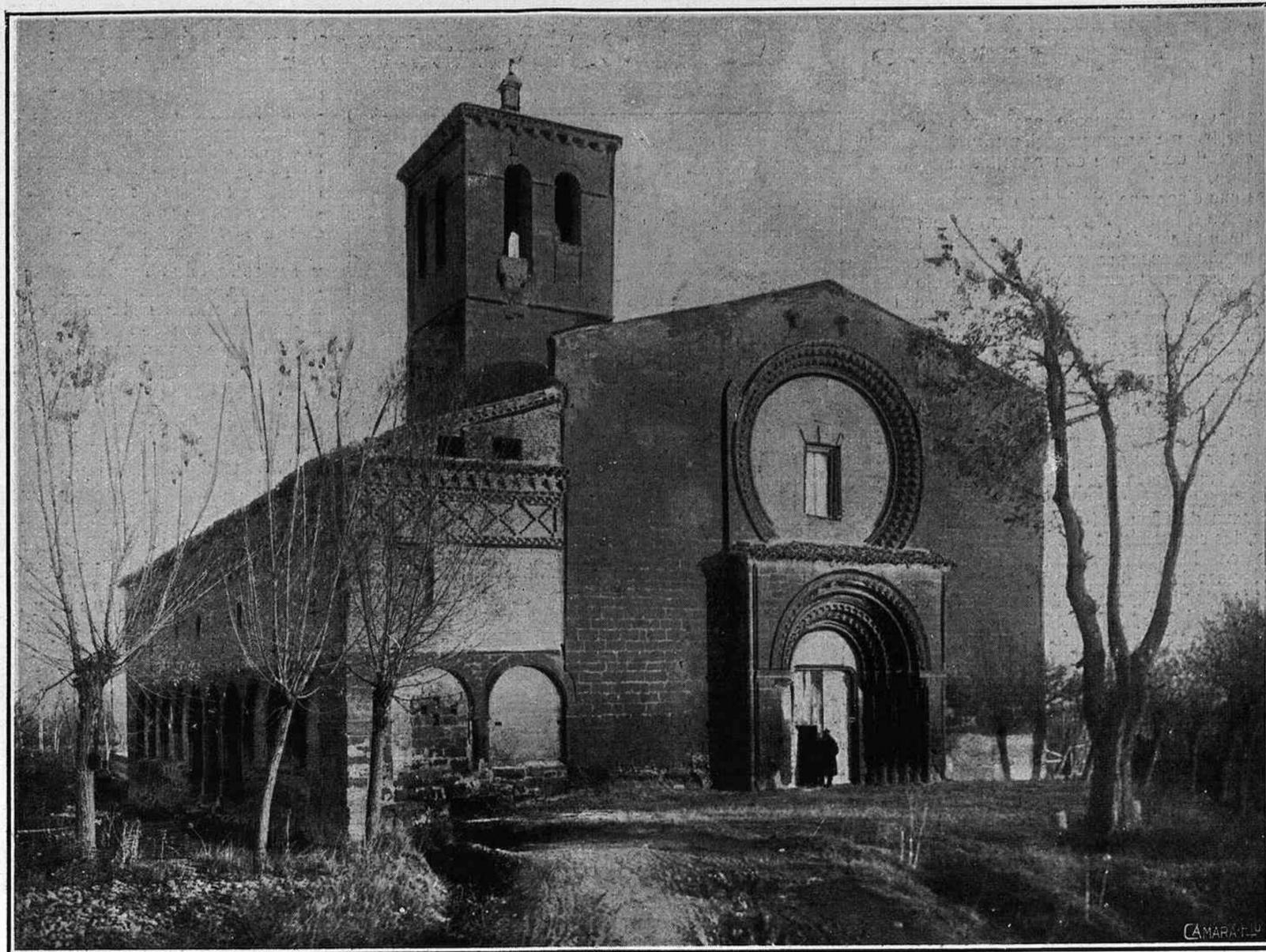
la perdurabilidad del espíritu y del carácter de sus moradores; y sobre esto, la particular expresión del ambiente de que se halla todo rodeado. Si son viejas las ciudades, centenarias sus casas, milenarias las fábricas de sus monumentos, así son también el carácter, el corazón y el alma de los habitantes de esos hogares: raza que aún vive su historia y sus leyenda, en una extraña prolongación de su recia juventud pasada.

ooo

Huesca, ciudad escondida entre el abrupto paisaje del alto Aragón; Huesca, ciudad antañona, viejo nidal de raza, es una de esas ciudades hispánicas que aún viven su edad pretérita. En su recinto se escucha una sola voz: el eco de la Historia y de la leyenda juntos; pero no es esa voz erudita que complace al sabio, sino la



Casa solar en las afueras de Huesca



Ermita románica de Salas, en los alrededores de Huesca

voz sutil y vaga que es caricia evocadora en la imaginación del poeta.

Para el sabio será en vano que penetre en el murado centro que se levanta á modo de anfiteatro, y busque con ávido tesón de erudito entre la sombría y sinuosa trabazón de sus callejuelas, cuya traza arábica aún conserva algún ajimez de estrecha abertura, ó, cuando menos, el rasgado ventanaje gótico que fuese complemento y armonía de conjunto, con la decoración de sus iglesias de la Edad Media. En cambio, si el visitante no es sabio ni erudito, y sí soñador y poeta, hallará á su paso innumerables motivos de emoción evocadora. La vetusta fachada de un caserón exornado con heráldico frontis; un ruinoso paredón negruzco sobre el que el musgo y la hiedra han tejido signos de vejez venerable; un patio penumbroso y esculturado que se vislumbra tras el zaguán de un portalón; oscuras fachadas con elevados balcones; saledizos ruinosos; aquí y allá, en un interior sombrío ó en un negruzco rincón de pared, un medallón mutilado, un plateresco relieve casi deshecho...

En la plaza descuella la hermosísima fachada gótica de la Catedral; la venerada *mislida* de los moros de Huesca, que era mezquita de primer orden entre las de España, hasta su transformación en templo cristiano en el siglo XIV, purificada y consagrada á Dios el 12 de Diciembre de 1096. Su preciosa fachada, de puro estilo gótico, forma en la plaza un bello conjunto de decoración con la fachada de las Casas Consistoriales, de severos torreones é historiado alero del siglo XVII; y al otro lado, el palacio episcopal, cuyos dos lienzos, que forman ángulos, están casi

exclusivamente ocupados por una sencilla galería. La fachada de la Catedral, llamada antes iglesia de Jesús Nazareno, la voz erudita y sabia la describe diciendo, de la encantadora belleza de su estilo, que: «Sus arcos de herradura no tuvieron por sucesores las robustas arcadas semicirculares, ni reemplazaron á sus delicados arabescos los groseros relieves bizantinos; el arte gótico en todo su adulto refinamiento imprimió á la antigua mezquita una más bella expresión de elegancia heredada de su anterior esbeltez».

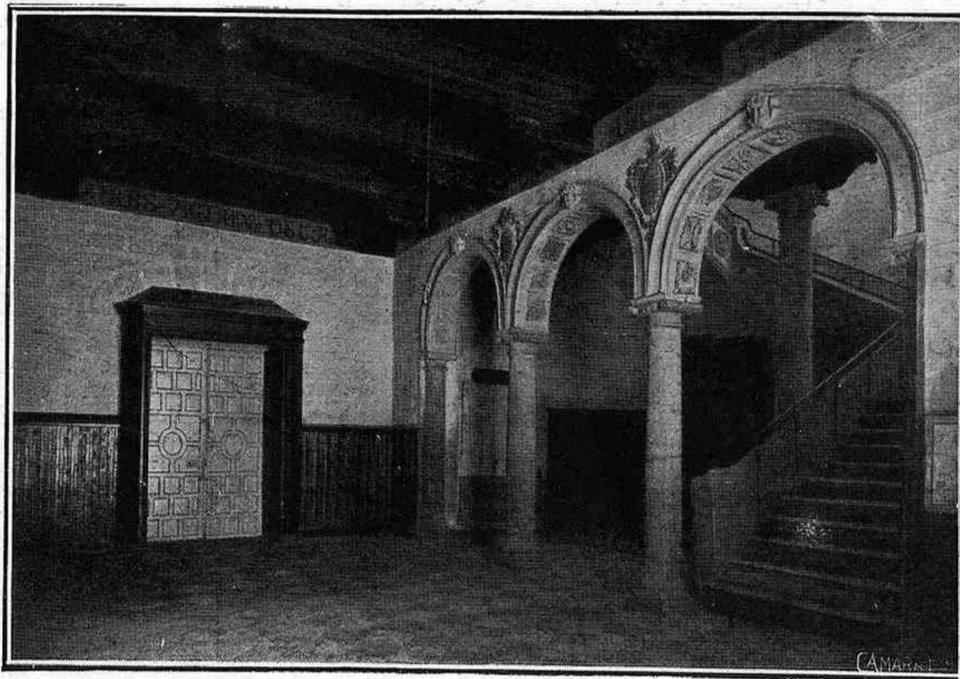
Juan de Olózaga trazó el plan de la suntuosa fábrica, que fué concluida en 1515 por la munificencia de un prelado de la real sangre de Aragón. «Olózaga, anticipándose á su muerte, dejó como muestra de lo que hubiera sido la obra

bajo su dirección, el portal mayor de la Catedral, embellecido con los adornos de su fantasía.»

Pero el turista soñador y poeta halla más caudal de emoción en el conjunto que analizando al detalle; no se detiene á comprobar una fecha ó una época en la angulación de una piedra ó en el estilo de su talla. El visitante sueña al contemplar en la plaza los viejos muros que la forman, y admira el palacio y la iglesia y la casona, y se adentra por el laberinto de las calles de arábica planta y se detiene ante una casona de blanqueado frontis, y luego contempla otra de rojiza fachada de ladrillos, donde avizora platerescas labores que orlan alguna ventana, ó posa sus ojos en las graciosas galerías que se abren de pronto en algún que otro muro de vivienda, voceando su viejo origen, del caserío de Aragón en la centuria de 1500.

Y luego saldrá del recinto, y desde un altozano contemplará, envuelta por la bruma del Isuela, la silueta de la ciudad: sus cresterías de tejados, las agujas y cimborrios de sus templos, las románicas torres de sus iglesias: la Catedral, San Lorenzo... Y allá en lo hondo, la ceñuda y fuerte torre de San Pedro, donde la leyenda ha supuesto el sangriento episodio del Rey monje que hizo la trágica Campaña de Huesca.

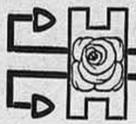
Y el turista se despedirá de Osca, la romana, la *urbs victrix Osca*, recitando aquellas palabras de queja que un osense inscribió al pie de un baluarte de las viejas murallas: «Oh, Huesca, Huesca, la de las noventa y nueve torres, abrazas á los extraños y menosprecias á los naturales.»



Vestibulo de la Casa-Ayuntamiento de Huesca

FOTS. ANTONIETTI

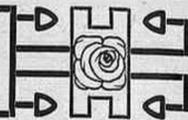
FERNANDO MOTA



:: MIRANDO ::
AL PASADO



Calles y callejuelas



RESULTA verdaderamente asombroso comparar las modernas y anchurosas vías de la capital de España con aquellas mezquinas de antaño.

Los que dicen que Madrid no progresa, ó no le conocen ó le tienen poco afecto. ¿Que podía estar más perfeccionado? ¿Que debiera haber dado mayor avance progresivo? ¿Qué duda cabe! Pero ¿quién tiene la culpa de que el Concejo esté representado por hombres que han nacido en las más apartadas regiones y que de la villa cortésana no conocen su historia, sus defectos y necesidades? Ya hemos repetido que el Ayuntamiento deben constituirlo, exclusivamente, hijos ilustres de Madrid, de absoluta independencia y desahogada posición.

Este pueblo, siempre noble y sufrido, ha laborado por su cuenta, en pro de la cultura y urbanidad, mucho más que los ediles á quienes se confió tal misión. Buenas pruebas son el primitivo sistema de alumbrado, la numeración de las fincas, las campañas en los periódicos, el buen gusto en las construcciones, las conferencias, las asociaciones de caridad, el servicio de carruajes, las indicaciones de unos y de otros. A veces, casi siempre, los ediles ni siquiera han atendido tales razonamientos. Madrid, no obstante, ha ensanchado su perímetro, se ha embellecido, se ha vestido á la europea. Sin embargo, en lo que se refiere á los nombres de las calles sigue en brazos de una ignorancia manifiesta, que ya es hora de corregir.

Vamos á demostrar todo esto de la manera más breve y sencilla.

El Madrid de hace un siglo formábanlo calles y callejuelas en cuesta, estrechas, tortuosas, sin desmontes ni rasantes. El empedrado era de guijarros puestos en punta. No había más alumbrado que algunos faróillos encendidos por pudientes vecinos. Las casas eran bajas, con balcones de madera y rejas muy salientes. En las fachadas leíase sobre un azulejo: «Jesús, María y José». Los canalones vertían el agua sobre los transeúntes. En los portales se depositaban las basuras. Los pozos negros y los montones de inmundicias infestaban el aire con el humo de las hogueras, de las fraguas y de los talleres en medio del arroyo, por donde andaban sueltos cerdos, cabras y gallinas.

Todo aquello pasó á la historia con las leyendas y tradiciones.

Se atendieron, con cariño, los cuidados de policía urbana, y en tocante á limpieza se ganó bastante. Se implantó un nuevo sistema de alumbrado, cuando de él carecían por completo calles tan importantes como las de Atocha, Toled



Vista de la calle de Sevilla, antes de la reforma de las Cuatro Calles - FOTS. LACOSTE Y SALAZAR

do y Alcalá, privadas igualmente de las aceras, que se iban formando con grandes losas picadas.

Quedaban los nombres de las calles y callejuelas, repetidos, sin ortografía y extravagantes, como los de Alzapiernas, Enhoramala vayas, Jabón y Nardo florido. El marqués de Pontejos emprendió una reforma eficaz é inmediata, anulando el confuso sistema de manzanas y números repetidos en una misma calle. Se rotularon éstas una por una, se pusieron lápidas y se fijó la numeración de los pares á la derecha y los nones á la izquierda, comenzando por el sitio más próximo á la Puerta del Sol.

Se sucede un período de amplias reformas, en el cual cambian de nombre la mayoría de las calles, entre las cuales figura la de Sevilla, hasta entonces conocida por Peligros ancha, con el callejón de Gitanos, la casa de Utrilla, el bodegón del tío Lucas y otros muchos detalles y re-

cuerdos que van asociados á las Cuatro Calles que nosotros hemos conocido.

De entonces data la manía concejil de cambiar los nombres de las calles, que á nada práctico conduce, desatendiendo otras necesidades más urgentes. Se confunden, se repiten aquellos nombres y se resisten á la costumbre y al oído, que la generalidad del vecindario rehuye, pues la calle de Barbieri siguió siendo del Soldado; la de Mesonero Romanos, Olivo; la de Galdo, Candiil; la de Andrés Borrego, Panaderos; la de Ventura de la Vega, Baño; la del marqués de Cubas, Turco, y la de Moratín, San Juan.

Hoy mismo, hay multitud de calles que, á pesar de su nuevo nombre, se conocen vulgarmente por el antiguo. Ejemplo: Beatas, Arco de Santa María, Pasión y Capellanes. Son muy pocos los que dicen Nicolás María Rivero, Manuel Fernández y González y Conde de Romanones; es más común, más breve, más fácil y comprensible Cedaceros, Visitación y Barriounuevo.

Son muchos los hijos y vecinos de Madrid que no conocen la plaza de Cristino Martos, ni la de la Constitución, ni la calle de Luis Vélez de Guevara, ni la Avenida del Conde de Peñalver; en cambio, todos saben cuáles son las plazas de Afligidos y Mayor, la calle de las Urosas y la Gran Vía.

Urge, más que el cambio de nombres, alterar, subsanar y subrogar el de unas cuantas, sobre todo de las travesías que están distanciadas de la calle principal por que debieran atravesar, y de la cual toman nombre. Ahí van algunos datos, por si se quieren tener en cuenta: el callejón del Alamillo no está en la Morería, sino en la calle de Magallanes. Existe una travesía de Altamira, sin calle principal de Altamira. La travesía de San Lorenzo, en lugar de andar por San Mateo, corre por Salitre. El callejón de la Victoria, en vez de acercarse á la Puerta del Sol, se aleja por la puerta de Toledo. Existen dos plazas con el nombre de España y dos calles con el de Zamora. La calle de Fernández de los Ríos tiene repetida la numeración. La de Francisco Piquer está cerrada. Y la de la Villa tiene alterado el nombre, puesto que debe ser Estudio de la Villa.

Salvadas estas deficiencias, justo es reconocer que Madrid avanza progresivamente, y que, de vez en cuando, el Ayuntamiento atiende nuestras indicaciones, como la de suprimir el nombre de Alegría á la plaza donde se despiden los cortejos fúnebres.



Aspecto que ofrece en la actualidad la plaza de Canalejas (antes Cuatro Calles)

ANTONIO VELASCO ZAZO

EJEMPLOS



Yo sé de un poeta fervoroso y humilde, que al llegar á Madrid, casi huído del pueblo nativo, asistió á una representación de *Lohengrin*, en el Real. Allá fué á encaramarse al clásico *Paraiso*, y desde su incómoda banquetta, por primera vez escuchó la música que hasta entonces sólo conocía por el piano de un café en una capital de provincia. El pobrecito soñador se entregó con toda su alma á la veneración por el caballero del cisne, luego que el *Preludio* lo embrujó inefablemente. Y he aquí que, de pronto, el infeliz trovero se echó á llorar. ¿De emoción? Sí, pero no la artística. Comparaba el iluminado lugareño su insignificancia, y las claudicaciones de su vida, y la falta de arrebatos heroicos con todas las excelsitudes de *Lohengrin*, y al no sentirse parejo de la ideal figura, comprendiendo el fracaso enorme de su espíritu y de su carne, lloró, diríase que sobre su propia tumba.

Acude á mí este recuerdo al mirar la escena que decora esta página, según se ve en seguida, extraída de una película americana. ¡Oh, no; yo no creo que nadie prorrumpa en llanto desolador á la vista de la soberbia fotografía! Pero pienso en tantos y tantos muchachos que querían ser el héroe en mangas de camisa que, obsesionado y sereno, protege á esa deliciosa mujercita, tan sabrosa en su semidesnudo, exótica con su blancura de mármol calida, y su testa de cabellera de luz y ojos de pájaro...

Fantaseando sobre el episodio probable. Desde luego se adivina que nos las tenemos con gente principal, por ese fatalismo del *cine*, víctima, momentáneamente, de una terrible desgra-

cia. Sin duda, ella es hija única y heredera de un multimillonario. No cabe duda tampoco de que la secuestró una banda de enmascarados, ocultándola entre las rocas, y habiendo trocado su *robe*, proveniente de París, por ese manto de alguna miserable india, tela policroma y tradicional que decoraría bellamente el estudio de un pintor, pero que hay que convenir en que sirve á maravilla para acusar y suavizar los encantos de la prisionera.

¿También el héroe fué secuestrado por los foragidos? Misterio. Lo seguro es que se reúnen en tan admirable personaje, la valentía, la sagacidad, el ingenio, un completo dominio de la gimnástica circense, y la mayor destreza en todos los deportes. Y un detalle conmovedor. Ella y él se aman, ó se amaban sin sospecharlo, y el entrañable secreto se revelará á lo largo de la película, y por fin, en el último cuadro, un beso confundirá la cabeza de Dorothy y la de William, agrandadas, entre el siseo del público de las galerías y el tintineo de los timbres que anuncian que va á iluminarse la sala.

¡Cuántos donceles y mancebos de los que discurren por nuestras calles quisieran ser ese San Jorge despechugado y con bigote recortado á la inglesa! Así el poeta soñaba parecerse á *Lohengrin*. Y después de todo, el héroe pelicularo es el *Lohengrin* que corresponde á nuestra época. La misma diferencia que entre los modelos, existe en sus imitadores. El trovero lloró su derrota, resolviendo en una emoción lírica su drama de mística índole. En cambio, los *pollos bien* que envidian al actor americano, ya que no en condiciones de acometer empresas de una

gallardía digna del *film*, á su modo, una homérica consagración, procuran moverse en su cotidiana existencia con arreglo á las normas de su ídolo...

Y si no lo procuran, deberían procurarlo. Créanme los admiradores de esos esforzados salvadores de víctimas de la codicia ó de la maldad en las ficciones cinematográficas. Créanme, y no les ciegue la perspectiva escenográfica ni el disfraz farandulésco. La villa y corte, con el tosco libertinaje de sus calles; con sus costumbres no muy refinadas, les ofrece mil ocasiones de ejercer de caballeros libertadores de princesas cautivas. Combatan y eviten la grosería de la muchedumbre, el ataque del individuo aún troglodita, la insolencia con las mujeres que no hallan el debido respeto público. A veces, una desinteresada galantería en el estribo de un tranvía vale por el salvamento de una millonaria secuestrada en una cueva ignota. Y aún hay más, mucho más. Tan grandes, y con una mayor profundidad que las brutalidades externas, son las tragedias íntimas, del alma. ¿Están seguros los aspirantes á héroes de película de que atienden á las inquietudes espirituales de sus amigas, mujer, novia, hermana ó amante; de que no las ofenden con su desdén, con su alarde de superioridad, con su tiranía senil? He ahí otro motivo para desplegar todas las caballerescas virtudes de que un galán se siente henchido al contemplar á su ilusorio rival de la pantalla...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

FOT. ARTCRAFT

CAMAFEOS



"Bacante", camafeo griego, en esmeralda



"El Emperador Agripa", camafeo romano, en ágata



"Semiramis", camafeo alejandrino, en cornalina

La glíptica, el arte de grabar preciosamente las piedras finas, tuvo en la antigüedad una admirable belleza y un singular encanto. El grabado en relieve producía los camafeos, y el grabado en hueco los entalles. Las placas asirias, los simbólicos escarabajos del milenario Egipto; los interesantísimos cilindros caldeos, en donde se contenía toda la misteriosa historia de la raza de Assur, de la raza meditativa de los magos y de los astrólogos, fueron siempre entalles, generalmente de una precisión de factura y de un vigor extraordinarios.

Los griegos, que adaptaron á su clara armonía espiritual y á su noble y puro sentido del ritmo todas las modalidades geniales, motrices y ardientes del arte oriental, prefirieron grabar la piedra en camafeos, como una forma artística más gentil y delicada, y emplearon las amatistas, los rubíes de Bohemia, los jacintos, las ágatas y las esmeraldas. En un principio, los camafeos helénicos fueron casi exclusivamente dedicados á sellos.

En el primitivo arte egeo, las piedras grabadas adaptaban la forma del hacha-amuleto. En Creta aparecía siempre en los entalles el toro, símbolo religioso. Después de la invasión dorica los griegos continuaron siguiendo y modificando todas las expresiones del arte del Oriente, y fué muy notable la escuela de grabadores en piedra de Samos.

De la última época de la civilización griega, llamada helenística, de refinado perfeccionamiento y de ya indudable decadencia, son los magníficos camafeos representando á Ptolomeo II y á Filadelfo con su esposa Arsinos.

En Egipto, el país en donde alborean las pri-

meras maravillas del Arte, cuna de todos los extraños y enigmáticos amuletos, las piedras grabadas más frecuentes fueron los famosos escarabajos, que representaban el símbolo de las evoluciones de la otra vida. Es prodigiosa la sortija con piedra grabada, de Amenemhat III, que se conserva en el Museo del Louvre.

Las producciones de la glíptica caldea fueron todas ellas muy curiosas; pero tal vez las de más definida importancia sean los cilindros de la colección Clerc y el espléndido sello de Sargon.

El período en que los camafeos y entalles adquieren más vasto desarrollo es el momento heroico y culminante de los Césares. El arte romano, profundamente influido por el helénico, se transforma, sin embargo, pierde la gracia suave, la exquisita elegancia, la alada finura de la Grecia y se hace severo, viril, rotundo, representación viva del genio de los guerreros y de los legisladores de Roma.

Todo es rígido y fuerte en el arte romano, y como reflejo constante de la excelsa grandeza de los Césares, hay una viva y permanente tendencia en su inspiración hacia el triunfo, hacia la gloria, hacia la apoteosis.

En un camafeo de los más notables de la extensa colección romana, aparece el Emperador Claudio, con su esposa Mesalina y sus hijos Octavio y Británico, en un carro arrastrado por dos impetuosos centauros. Claudio, con la túnica y la toga, es coronado de laurel por una figu-

ra alada. Los centauros arrollan bárbaramente á unos bretones que fueron vencidos por el César.

En el espléndido camafeo que poseía el Gabinete imperial de Viena, Augusto, representado como Júpiter, tenía en una mano el *litnus* augural y en la otra el cetro. El águila del rey de los dioses se tendía humildemente á los pies del trono. Detrás del Cesar aparecía la abundancia, simbolizada en el clásico cuerno; el Océano, representado por un personaje de áspera y difusa cabellera; la Tierra, colocando una corona de hojas de encina sobre la frente insigne del Emperador. La Emperatriz Livia encarnaba la diosa Roma, con el casco de triple cimera y en la mano la lanza. De lejos descendía Tiberio en un brillante carro triunfal, escoltado por una bellísima Victoria con alas.

El modelo más representativo del gusto romano, por la apoteosis, lo revela el camafeo existente en el Vaticano, y en el cual Antonino Pio, simbolizando á Júpiter, y la Emperatriz Faustina á Juno, son conducidos á los cielos por un genio alado que lleva en la mano el globo del mundo. En el plano inferior queda la diosa Roma y en el campo de Marte surge, erguido, el obelisco de Heliópolis.

También hicieron los romanos excelentes retratos, y son soberbios los camafeos representando á Augusto, á Tiberio, á Julio César. Hoy, como tantas otras bellas cosas del pasado, va desapareciendo este arte supremo que completaba el hechizo fabuloso de los dulces jacintos, de los rubíes sangrientos, de las esmeraldas fosforescentes como las pupilas de las diosas.

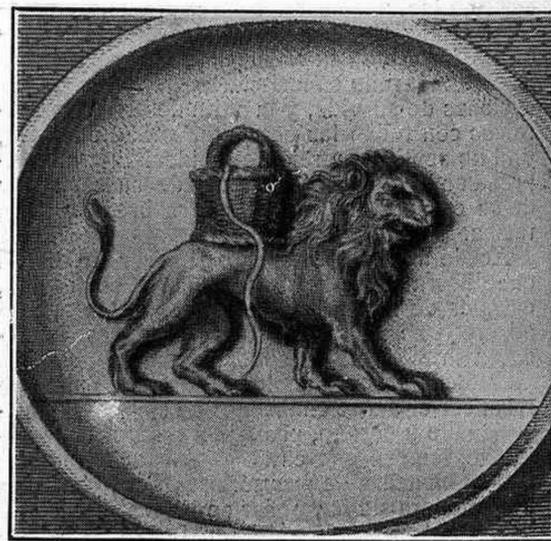
ISAAC MUÑOZ



"El león de Mitridates", camafeo griego, de la última época, en esmeralda



"Livia Augusta, mujer de César Augusto", camafeo en ónix, romano



"León báquico", camafeo griego de la decadencia, en cornalina



Idea

Por su aroma exquisito,
por su pasta suave, untuosa y neutra, el

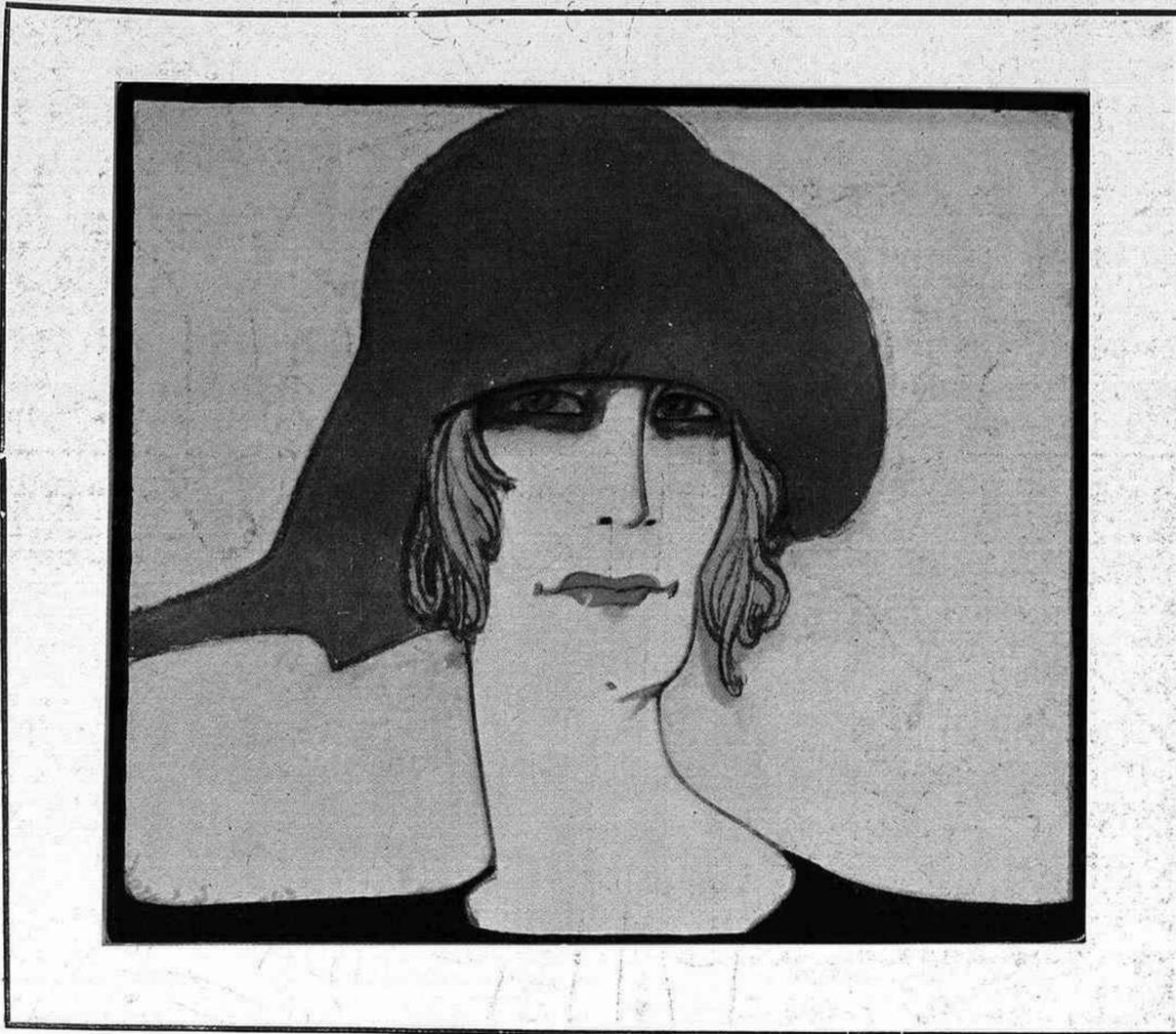
JABÓN HENO DE PRAVIA

es el que deben usar los niños y personas
de epidermis delicada.

1,50 la pastilla.

Perfumería Gal. Madrid.

Las equívocas inequívocas



COMPRENDO que parece un tralenguas, pero no hay otro título más adecuado. Tratándose de mujeres—¿como diría yo?—entreveradas, ningún sinónimo es tan exacto como el de «equivocas». Todos los demás—dudosas, ambiguas, hasta andróginas—me parecen más rebuscados.

Y tratándose de mujeres equívocas, ningún complemento mejor que el de «inequívocas». Es asunto clarísimo, cosa probada. Para el hombre con hábitos de ver mujeres—no de «mirar» mujeres, cuidado—, las «equivocas» son siempre «inequívocas». No se las puede confundir. No cabe dudar ante ellas. Son tan originales, tan personales, tan características, que ningún hombre medio acostumbrado a ver mundo, puede mostrar perplejidad.

En las profesionales del amor existen, por supuesto, categorías.—No tantas como las de Aristóteles, que son diez, como saben los estudiantes de Lógica, por malos que sean; pero las bastantes para una clasificación científica.—Creo que fué Musset quien dijo que las «únicas mujeres indudables, son las dudosas». Esto, ó algo por el estilo, se le ocurre á cualquiera viendo á una de estas muchachitas gráciles, angulosas, insinuantes, desenvueltas y de ojos repintados, que pasean, de doce á dos, por la Carrera, Puerta del Sol y calle de Alcalá, hasta recalar en el Ideal, en Maxim's, en Kutz, ó en la Maison Dorée, á la hora del aperitivo.

Estas chicas, de figurín francés, pertenecen al cosmopolitismo galante. Y son francesas, italianas, inglesas, alemanas, yanquis, argentinas, hasta españolas; de Lavapiés, si á mano viene. Se las distingue por «la silueta», afilada como un lápiz; por el andar, que es distinguido y no pinturero; por la soltura de los brazos, que tienen algo de viril y marcial; por la malicia de sus faldas cortas, ajustadas y libres; por los deslumbradores relámpagos de sus ojos, entornados, como sus descotes.

Pero se las distingue, sobre todo, por sus perfumes. En todo lo anterior puede haber duda. En los perfumes, no. Los perfumes de estas «equivocas» son absolutamente «inequívocos.» Más que la silueta, que el andar y que la sonrisa, á estas mujeres las delatan sus perfumes. Mejor que delatarlas, las publican. Van pregonándolas ufantemente, como los antiguos reyes de armas.

Ya el viejo Ovidio señalaba en «Los Cosméticos»

esta condición pregonera y galante del perfume de las mujeres. El nardo, la verbena, el alcanfor, el incienso, eran propios de las hetairas de Suburra y de las busconas del Tíber. La mejorana, el mirto, el laurel y la melisa, anuncian á las cortesanas de la Vía Julia y á las espléndidas matronas del Tíber.

Las «equivocas» de hoy pueden clasificarse, como en «Los Cosméticos», en dos categorías: las que se perfuman por dentro, para sí, para su alto y singular deleite, y las que se perfuman por fuera, para los demás, por los demás ó á causa de los demás.

Pero las «equivocas inequívocas», producto aleatorio de la alquimia galante, participan de ambas categorías y se perfuman por dentro y por fuera. Esta distinción las enaltece sobre las simples y bastotas «equivocas» y sobre las complicadas y demoniacas «inequívocas». Las simples «equivocas» van escandalizando con sus oponentes; las complicadas «inequívocas», aturden á mansalva con sus «atés» indios. Entre esas dos cariátides del Alcázar de los Perfumes hay como un blasonado escudo—el de las «equivocas inequívocas»—que podría ostentar en sus graciosos entrelazos las dos leyendas más elocuentes del amor, la del antiguo Samosata—«De nada demasiado»—y la del moderno D'Annunzio—«De todo un poco».

Otro gran patriarca de la literatura del amor, Teófilo Gautier, estudiando en el prólogo á «Las flores del mal», la filosofía del perfume, ha dicho: «Un delicioso pasaje sobre los perfumes los clasifica de diversos grupos: despertando ideas, sensaciones y recuerdos diferentes. Los hay frescos, como mejillas de niños; verdes, como prados en primavera, evocando el rubor de la aurora y los pensamientos cándidos. Otros, como el musgo, el benjuí, el nardo y el incienso (los cita casi en el mismo orden que Ovidio), son soberbios, triunfantes, mundanos, excitantes de la coquetería, del amor, del lujo, del festín y de los esplendores. Si se les adaptase á los colores, representarían el oro y la púrpura.»

El poeta Baudelaire insiste muchas veces en esta idea del simbolismo del perfume. Junto á una belleza bravía, «siñara» del Cabo ó bayadera de la India aturdida en París, que parece haber tenido por misión adormecer su «esplin» nostálgico, habla

de este perfume «de musgo y tabaco» que transporta su alma á las riberas favoritas del sol, donde se cortan en abanico las hojas de palmera, en el aire tibio y azul, y los mástiles de navíos se mecen al armonioso acorde del mar, mientras esclavos silenciosos procuran distraer á su joven dueña de lánguidas melancolías.

Más lejos, preguntándose qué podrá quedar de su obra, se compara á un viejo frasco taponado, olvidado entre telarañas, en el fondo de algún armario de una casa sin habitantes. Del armario abierto se exhalan, al relente del pasado, los débiles perfumes de tónicas, de encajes, de polveras, que evocan antiguos amores, antiguas elegancias. Y si por casualidad se destapona, el frasco rancio y acre, saldrá de él un insoportable olor á sales inglesas y á vinagrillo, antídoto de la moderna peste.

Esta preocupación del aroma reaparece en diversas páginas, rodeando de sutil niebla seres y cosas. En muy pocos poetas encontramos tan noble escrúpulo; se contentan, generalmente, con poner en verso la luz, el color y los sonidos; es muy raro que en ellos viertan esta gota de fina esencia con la que la musa de Baudelaire nunca deja de humedecer la esponja de su tintero ó la batista de su pañuelo de bolsillo.

Algo tan delicado, sutil y conmovedor podría decirse de estas «equivocas inequívocas», hijas de Baudelaire en el espíritu y aun en la carne, flores del Mal y flores del Hastío de amor.

Peregrinas del Ideal como su padre y maestro, adoran todos los Paraísos artificiales: desde el alegre y mañero de su exhibición llamativa, entre piropos, hasta el melancólico y nostálgico de su nocturna sumisión; entre soeces señoritos ebrios.

Baudelerianas de alma y cuerpo, «equivocas inequívocas», visiones presentidas en ese «Apocalipsis» de la galantería y del pecado que se llama «Spleen et Ideal»:

Je t'adore á l'egal de la voute nocturne,
ó vase de tristesse, ó grande taciturne.

Esas «inmensas Taciturnas», que sonríen... Esos «Vasos de tristeza» que derraman unguentos y bálsamos, como María de Magdala...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE REINOSO

DE LA FERIA DE SEVILLA

El encanto de las Casetas



A PENAS las campanas de la Giralda voltean jubilosas en el aire, anunciando el triunfo de la Resurrección, finada ya la Semana Santa, el sevillano castizo empieza á preparar la instalación de su caseta de feria.

Un trozo de terreno en el ferial, una tienda de lona sobre él, una tarima de madera á la entrada, un espejo para la pared frontera de la tienda, todas las sillas disponibles en la casa, un par de cortinajes blancos formando pabellón, una guitarra, varios tiestos de rojos claveles de la tierra y fragantes rosaleros sensuales, y ya está la «caseta»; la «caseta» típica, familiar, orgullo, gala y síntesis de la feria sevillana.

Porque la feria no está en el suntuoso desfile de carruajes, ni en los festejos oficiales, ni en las casetas hábilmente erigidas, presuntuosas y barrocas, que aspiran á un premio del concurso, ni en el tráfico del ferial, ni en las instalaciones de los colmados, ni en las pintorescas buñolerías gitanas.

La feria está en lo que es síntesis espiritual de la fiesta, en lo que le da matiz inconfundible y único: en la «caseta» pequeña y humilde, semejante á una tienda de campaña, donde las familias pasan los días todos de la feria, viviendo

completamente en ella, abandonando la casa ciudadana, con tan especial regocijo, que hace pensar que aún no se ha perdido la herencia de los árabes ascendientes, montaraces y libres, en el alma de estos sevillanos de ahora, que prefieren, como el nómada, su tienda de lienzo blanco en pleno campo, bajo la lumbre radiante del sol, á la casa urbanizada y simétrica de la capital...

En las grandes casetas de los Casinos, aun en plena feria, se ostenta la rígida etiqueta de los bailes de sociedad: música de sexteto, valses exóticos, lentos rigodones ceremoniosos, pecheras impecables, modas francesas, reverencias cortesanías, taponazos de champaña...

En las pequeñas casetas familiares, alineadas en largas calles como las tiendas de un campamento, triunfa la alegría popular, la fiesta clásica, ruidosa y brillante, hecha armonía y pasión y luz, en el ritmo ardiente, sensual y ligero de las danzas indígenas, y en el sonoro repiquetear de las castañuelas, y en el bordonero melancólico de las guitarras, y en la cadencia apasionada de una copla, y en el oro líquido que finge el cristal de las delgadas «cañas» el vino rubio de la tierra...

Sevilla, el alma lírica y sensual de Andalucía,

vibra en las fiestas de estas casetas humildes, sin teatralidad de pandereta ni alardes de flamenquería sainetesca.

Algarera, brillante, ruidosa y exaltada es la alegría del festejo popular; pero en el fondo palpita un hondo sentimiento de melancolía lleno de gravedad, que aleja lo chabacano y aristocratiza el holgorio...

Es una sensación indefinible de respeto y de pasión, que sin enturbiar la alegría le da serenidad y reposo.

Es, tal vez, esta honda y sutil comezón sentimental, la que hace que el baile andaluz, cuando se destrenza en un furioso torbellino de giros, expresando todos los matices de la pasión, cese de pronto con una brusca rapidez, para cambiarse en ese ritmo lento, ondulante y solemne que hace parecer á las bailadoras del «tango» flamenco sacerdotisas de un rito extraño y sagrado del Oriente misterioso.

Es, tal vez, esa inefable espiritualidad la que influye en las músicas de las canciones populares, la que al mismo tiempo que engendra el ritmo de las «seguidillas» y las «sevillanas», inquieto, brillante y saltarín, como un fuego fatuo, tiembla como un sollozo en las ondulaciones de una «petenera» y se desgarrá en los trémolos de la «soleá», esa copla rápida y punzante como una puñalada y como un beso...

Así, mientras en una caseta los crócalos emadronados trenzan en el aire una guirnalda multicolor, y las parejas componen las «figuras» de una «sevillana», una mocita lanza el epigrama de su copla:

Tienes una carita
de San Antonio,
y una condiccioncita
como un demonio.

Más allá, una voz yaronil hiere el aire con pujanza, cantando sus quejas en una «soleá»:

¡El cielo te dé el castigo
de que tú sufras con otro
lo que yo sufrí contigo!

Y una voz de mujer, como respondiéndole, canta, á los compases burlones de un tango gitano:

Tú no me pagas la casa;
tú no me das de comé;
me vienes pidiendo celos;
¿á fundamento de qué?

Y á la puerta de un tenducho una cañi de pura cepa hace el elogio de la vinícola mercancía, canturreando á media voz una «bulería» en caló:

Moyate der superió
se diña con calía
y de buten una tajá
s'embucha que barbaló.

Y así, en las casetas humildes, en el rasguear melancólico de las guitarras, en el trémolo de los cantares anónimos, en el donaire espontáneo, en los madrigales rudos de los piropos, en el encanto apasionado de un baile flamenco y en el desborde generoso y cordial, que es la característica de la fiesta, vibra y palpita, mejor que en ningún otro lado, el alma lírica, sensible y sensual de Sevilla, la «ciudad de la gracia», en la más clara, estética y noble acepción del concepto...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

FOT. BLANCO

Los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa en Barcelona



La Infanta D.^a Luisa en el momento de firmar el acta de la colocación de la primera piedra del Hospital de la Cruz Roja

FOT. MERLETTI



El Infante D. Carlos, acompañado del capitán general de Cataluña, Sr. Weyler, revistando el somatén de Tarrasa

FOT. BADOSA



La Infanta D.^a Luisa oyendo la misa celebrada en el acto de la colocación de la primera piedra del Hospital de la Cruz Roja

FOT. BALLELL

VERDADERAMENTE entusiasta y cariñoso ha sido el recibimiento hecho por la culta Barcelona á SS. AA. RR. los Infantes D.^a Luisa y D. Carlos, que, como es sabido, marcharon á la capital de Cataluña, en representación de SS. MM. los Reyes de España, para imponer á las damas enfermeras de la Cruz Roja el brazal y las insignias de la benemérita Asociación. Llegados los augustos viajeros á la Ciudad Condal el sá-

bado último, por la tarde, la población entera acudió al paso de la comitiva, arrojándole gran cantidad de flores al pasar los Infantes, y repitiéndose durante todo el trayecto los aplausos y los vítores. Estas muestras de cariño y de respeto se han reiterado en cuantos actos oficiales y particulares se han organizado en honor de los Infantes, de alguno de los cuales recogemos en la presente plana la correspondiente nota gráfica.

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber a los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Seguro de la Belleza

El delicado cutis de la juventud puede renovarse en algunos días por medio de una cera maravillosa

El seguro contra la pérdida de un hermoso cutis y una garantía de restaurar el cutis que se haya echado a perder por la exposición a los vientos, variaciones de tiempo y al uso de cosméticos venenosos, puede obtenerse ahora en todas las perfumerías y farmacias por un costo anual de unas cuantas pesetas. Dicha póliza de seguro se vende bajo el nombre de Cera Aseptine, ó sea un maravilloso solvente vegetal, el cual, si se usa con regularidad, suaviza y ayuda a quitar las endurecidas láminas de la piel exterior, al mismo tiempo que alimenta al verdadero cutis debajo, restaurando y conservando el cutis aterciopelado y natural de la juventud. No compre Vd. ó trate de hacerse un cutis artificial, sino use la Cera Aseptine, y recupere un cutis natural y hermoso que le sirva de alegría y suscite la envidia de sus amigas. Sin duda alguna, la Cera Aseptine satisface por todos conceptos.

SE VENDEN los clichés usados en esta revista. Dirigirse á Hermosilla, 57

DELEGACIÓN DE "PRENSA GRÁFICA"

EN PORTUGAL:
D. Alejo Carrera
Rúa Aúrea, 146,
LISBOA
Rúa Santa Catarina, 53,
OPORTO



—Para lograr tal finura, ¿con qué te lavas las manos?
—Con el jabón PECA-CURA de Casa Cortés Hermanos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — Loción, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

LO MEJOR PARA LA BOCA
ALCOHOLATO
ELIXIR DENTÍFRICO
CURA DOLOR DE MUELAS
Carmen, 10, Alcoholera

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor

DE SONORA A YUCATAN
TODOS USAN LOS SOMBREROS
DE TARDAN

TARDAN HERMANOS

Los principales fabricantes, almacenistas é importadores

AGENTES EXCLUSIVOS
DE LAS MEJORES MARCAS DE SOMBREROS DE LUJO DEL MUNDO

Plaza de la Constitución, 5 y 7
APARTADO POSTAL 87.-MÉXICO (D. F.)

Los LÍDERES DE LOS SOMBREROS.

Remitimos catálogo ilustrado (gratis)

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

FOTOGRAFÍA
BIEDMA
ALCALÁ
23
TELÉFONO 750
HAY ASCENSOR
Casa de primer orden



FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.
Camisas, Guantes, Pañuelos.

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.

MONNA VANNA
sus perfumes embriagan

ÚLTIMAS NOVEDADES

MAGNATIC
LILAS D'OR
L'OISEAU BLEU
PAVLOVA

PARFUMERIE MONNA VANNA PARIS-NEUILLY

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

≡ **Misterios de la Policía y del Crimen** ≡
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ESMERALDAS, ORO, PLATA, PLATINO, PAGA LOS SU VALOR

FERNANDEZ Y VEIGA

Esparteros, 16 y 18.—Teléf.º M. 25-29.—MADRID

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐

"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	30 pesetas
» »	Seis meses.....	18 »
EXTRANJERO.....	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL.....	Un año	35 »
»	Seis meses.....	20 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

ESPAÑA

LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

ANISADO EXQUISITO

"Las Caderas
de Navarra"

COSECHEROS Y EXPORTADORES DE VINOS:

HIJOS
DE

Pablo Esparza

VILLAVA
(avarra)

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José Doria,
SILVA, 6, 1.º

TELÉFONO 59-09



ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS